

LA CARTERA CUBANA.

MAYO.—1840.

SECCION PRIMERA. CIENCIAS.

Constitucion médica precedida de observaciones meteorológicas.



MES de Marz	BAROMETRO Francés.			TERMOMETRO DE Fahrenheit.			HIGROMETRO DE Saussure.		
	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27p.74	27p.71	27p.75	75° ..	78° 20	76° 50	72° ..	88° 25	73° 50
2	.. 75	.. 61	.. 66	75 ..	78 20	76 ..	74 ..	72 ..	76 ..
3	.. 68	.. 56	.. 56	74 25	75 50	74 ..	78 ..	70 ..	78 ..
4	.. 57	.. 56	.. 58	72 ..	76 75	74 5	79 ..	70 ..	69 ..
5	.. 66	.. 63	.. 67	73 50	77 ..	75 10	69 ..	62 ..	68 25
6	.. 76	.. 74	.. 80	73 ..	75 ..	75 25	69 ..	59 ..	73 ..
7	.. 77	.. 74	.. 74	71 50	77 ..	75 20	75 ..	72 25	73 ..
8	.. 80	.. 75	.. 77	72 ..	77 75	74 50	73 ..	61 ..	70 ..
9	.. 75	.. 69	.. 66	71 ..	76 ..	75 ..	75 ..	70 ..	75 ..
10	.. 68	.. 62	.. 66	73 ..	80 ..	77 25	78 ..	70 ..	72 ..
11	.. 72	.. 67	.. 70	74 25	79 50	77 ..	77 ..	72 ..	74 ..
12	.. 73	.. 75	.. 75	74 50	79 90	76 50	78 ..	63 ..	72 50
13	.. 80	.. 82	.. 83	74 ..	75 50	74 ..	70 ..	62 ..	68 ..
14	.. 90	.. 80	.. 83	72 50	77 ..	74 25	73 ..	63 50	67 ..
15	.. 80	.. 75	.. 80	73 50	79 ..	76 50	74 ..	66 ..	77 ..
16	.. 75	.. 72	.. 77	74 ..	81 ..	77 50	76 ..	68 ..	78 ..
17	.. 73	.. 68	.. 72	76 75	85 35	80 ..	73 ..	65 ..	73 ..
18	.. 70	.. 67	.. 69	76 75	82 ..	79 15	74 ..	68 ..	75 ..
19	.. 73	.. 69	.. 72	77 ..	84 75	80 ..	72 ..	63 ..	72 ..
20	.. 76	.. 68	.. 70	76 50	82 ..	79 30	76 ..	62 ..	67 25
21	.. 75	.. 70	.. 71	77 50	83 30	80 10	67 ..	60 ..	67 ..
22	.. 76	.. 70	.. 71	78 75	84 ..	80 ..	62 ..	56 ..	70 ..
23	.. 70	.. 65	.. 68	78 50	81 40	79 30	67 ..	61 ..	68 ..
24	.. 65	.. 58	.. 58	73 50	84 40	79 50	73 ..	51 ..	60 ..
25	.. 60	.. 63	.. 75	72 75	76 50	72 50	60 ..	56 ..	53 ..
26	.. 75	.. 70	.. 74	72 ..	75 75	72 ..	45 ..	41 ..	51 ..
27	.. 82	.. 75	.. 81	73 ..	76 20	73 50	51 ..	45 ..	53 ..
28	.. 82	.. 74	.. 80	75 ..	79 50	75 50	55 ..	50 ..	57 ..
29	.. 81	.. 71	.. 70	76 50	81 25	77 ..	62 ..	56 ..	64 ..
30	.. 87	.. 70	.. 73	76 ..	82 ..	78 50	63 ..	54 ..	63 ..
31	.. 85	.. 71	.. 74	..	81 75	78 10	66 ..	53 50	64 ..

NUBARRONES.—El 23 por la mañana, idem el 24, idem el 25 con norte y ventar
r-oes.—LLOVIZNAS.—El 2 a una del dia, el 4 al oscurecer, el 20 de 4½ a 5 de la tar-
de y por la noche a prima, el 23 a 2 y 3½ de la tarde.—CHUBASCOS.—El 1º de 9 a
10 de la mañana, el 4 a 7½ de idem, el 20 a 5½ de la tarde.—AGUACEROS.—El 3 de 4
a 5½ de la tarde, a 2 de la noche y 9½ de idem

ESTADO DE Hospitales.

		MES DE MARZO DE 1840.			
ENFERMEDADES.		S. Ambrosio	San Juan de Dios.		S. Francisco de Paula.
			Pretos.	Partic u	
MEDICINA.	Apoplejia	1	..	3	..
	Paralisis	3	..
	Epilepsia y convulsiones	1
	Mania	1	..
	Anginas	8
	Gastritis agudas con fiebre	64	9	20	1
	Idem crónicas	14	..	12	..
	Fiebres intermitentes	21	..	7	..
	Reumatismos	5	1	10	..
	Bronquitis	51	1	4	..
	Asma	1	..
	Hemoptisis	4
	Pleuritis	3	..
	Neumonitis crónicas	5	..	6	3
	Afectos del corazon	7
	Colitis nerviosa	4	..	7	..
	Idem diarréica	9	1	1	..
	Idem disenterica	11	1
	Obstrucciones	1	..	1	..
	Nefritis simples	1
	Sifilis y dolores osteocopos	63	2	13	3
	Hidropesia	1	..	6	2
	Varicela	1	1	..
	Viruelas	1	1	..
	Artritis	9	3	6	3
QUIRURJIA.	Contusiones	1	1	..
	Heridas de armas blancas	15	1	..
	Quemaduras	1	..
	Tumores simples	3
	Idem linfáticos	1
	Acceso hepático	1	..
	Hernias	1	..
	Bubones	18
	Fimosis y paraquimos	23	..	6	..
	Uretritis	30	2	1	1
	Estrechez de la uretra	1
	Catarros vexicales	3
	Hidroceles	3	..	1	..
	Sarcocelos	1
	Hemorroides	2	1	7	1
	Fistulas del ano
	Ulceras y pústulas venéreas	15	2	1	1
	Idem subinflamatorias	4	12	2
	Idem cancerosas	10	1
	Erupciones sarrosas y herpética	50	1
	Oftalmías	66	1	4	..
	Erisipelas	1	1	..
TOTALES.....		503	49	152	18

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1º de marzo de 1840.....	344	}	847
Entraron en dicho mes.	503		
Se curaron.	473	}	493
Fallecieron.	20		
Quedaron para 1º de abril.....			354
La mortandad estuvo á razon de 2, 36 por 100.			

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1º de marzo.	260	}	461
Entraron en dicho mes.	201		
Se curaron.....	154	}	194
Fallecieron.....	40		
Quedaron para 1º de abril. .,			267
La mortandad estuvo á razon de 8, 81 por 100.			

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1º de marzo	126	}	144
Entraron en dicho mes.	18		
Fallecieron	11	}	20
Se curaron.	9		
Quedaron para 1º de abril.			124
La mortandad estuvo á razon de 6, 25 por 100.			

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en marzo de 1840 reinaron las enfermedades siguientes: el órden en que se colocan, indica su mayor ó menor predominio,

Fiebres efémeras.—Idem intermitentes.—Bronquitis.—Anginas.—Erupciones.

Observaciones prácticas.

Las enfermedades de este mes no ofrecen ni la concentración de las del año pasado, ni gran violencia inflamatoria. Aparecen con los caracteres propios de la entrada de la primavera y sin síntomas alarmantes.

No ha habido sino los ataques apopléticos que acometieron un número limitado de personas distinguidas, que aterrassen á los predispuestos; mas como sea este un mal que solo invade en cierta edad y con determinadas condiciones, siendo raros los que le padecen fuera de aquellas dos circunstancias; los temores generales, pronto desaparecieron con los casos. Nadie por lo común se alarma de un mal del que no se cree víctima: así la aprension no alcanzó á gran número de individuos, y quizás libró á muchos de padecerle, pues todos se cuidaron de los excesos y con especialidad los robustos y de cuello corto.

Mas no debemos pasar por alto una observacion cuya causa se desconoce. Así como hay constituciones miasmáticas, hay otras en que los hombres se sienten irascibles é impotentes para soportar desdichas. Es una especie de epidemia que se ha visto reinar en poblaciones enteras, y que es tan comun en los ingleses. Hablamos del *spleen* ó aburrimiento de la vida. Nunca hemos visto en la Habana tan gran número de suicidas como los de este año. También en Andalucía cuando sopla el levante, se ponen pendeñeros y se suicidan. ¿Cual será la causa? Algunos la atribuyen á la electricidad atmosférica, mas no fundan su opinion en ninguna prueba, no digo decisiva, pero ni siquiera alucinadora.

Se han enterrado en el cementerio general:

	<u>Adultos.</u>	<u>Párvulos.</u>
Blancos.	116	82
De color	102	79
Sumas parciales . . .	218	161
Total general.	379	

FRENOLOGIA.

HISTORIA.

SEGUNDO ARTICULO.



CONVENCIDO Gall de que el hombre y los animales se parecían en la mayor parte de sus instintos é inclinaciones, y que ninguna de las facultades del primero puede ejercerse durante la vida sino por medio de la organizacion; hizo el siguiente raciocinio:—Si la razon y la esperiencia nos hacen ver que los pulmones, el corazon, el tubo intestinal, el hígado, el pancreas, el bazo, los riñones y las dependencias de estas partes, tienen funciones conocidas sin que de ninguna manera podamos inferir ni por su estructura, ni por sus relaciones con las otras partes que sean los órganos por los cuales se desempeñan las facultades instintivas, morales é intelectuales; claro está que solo el cerebro y sus dependencias á quienes entre todas las vísceras del cuerpo humano, no se han señalado todavía funciones determinadas, son á los que unicamente puedo referir las antedichas facultades. Veo además que el órgano mas delicadamente organizado, es el cerebro; que la naturaleza le ha envuelto en telas resistentes, y no contento con esto le ha salvado de los golpes y de cuanto pudiera conmoverle, encerrándole en cajas huesosas por cuyos agujeros salen cordones nerviosos que comunican con todos los órganos del animal, sin excepcion.—Y viendo que este mismo cerebro se componía de fibras nerviosas entrantes que venían de los órganos de los sentidos, y de fibras nerviosas salientes que se enca- minaban á todos los *instrumentos* del aparato locomotor; y que antes de confundirse en el cerebro aquellas fibras, había una sustancia intermedia que constituía las circunvoluciones cerebrales; dedujo la existencia de dos aparatos nerviosos intra y extracranianos que conducían al cerebro las impresiones de los sentidos y reflejaban después sus voluntades. En consecuencia el órgano del pensamiento no podía residir en los cordones nerviosos, sino en los centros de donde nacían ó terminaban, esto es, en las circunvoluciones.

¿Y será el cerebro en masa, se preguntó, el que desempeña las facultades, ó cada una de estas circunvoluciones que percibo está encargada de una funcion diferente? Sus observaciones le conducían á admitir la última opinion. Con todo, quiso ratificarlas todavía mas con la anatomía comparada, y seguro de que los filósofos no entendían una palabra del origen de nuestras facultades, que tomaban los actos ó medios con que se desempeñaban por las facultades mismas, y que estas se reducían á los instintos que ninguna de las teorías metafísicas podría negendar, por ser innatos; hizo tambien otro raciocinio:—Si cada circunvolucion desempeña una facultad, siempre que se dé la facultad, se dará la circunvolucion, y siempre que falte la una se carecerá de la otra. Tomó el cerebro de un hombre y el de un mono y los comparó. Solo dos circunvoluciones faltaban en el último, y correspondían á la parte superior anterior de la frente: luego si el hombre se diferencia del mono por las facultades de comparar las cosas entre sí y de remontarse hasta el origen de donde nacen por mas abstractas que sean, que es lo que constituye la razon en su mayor grado de esplendor; las circunvoluciones superiores y anteriores del cerebro, corresponden á las facultades de comparar y de remontarse al origen de las causas.

Desde los mas remotos siglos, cuando el hombre no juzgaba de sus sentimientos morales sino por la impresion que recibía de los objetos exteriores, hubo mas que un presentimiento de estas facultades reflectivas. Por eso los escultores al hacer la estatua de Jupiter Ammon le daban una frente alta, ancha y proeminente, con un cuerpo mas bien débil que fornido; y al hacer la de Hércules ponían una cabeza pequeña con frente poco demarcada, sobre un cuerpo atlético; llegando á tal exceso su persuacion, que siempre que hacían una Diosa cuidaban de ponerle muy pequeña la cabeza segun se verá en la Venus de Médicis donde no sabemos que admirar mas, si su portentosa hermosura ó la imbecilidad que demarca su cabeza. Porqué los antiguos jamás creyeron dotadas las mujeres de la fuerza de inteligencia del hombre y pensaban que de Venus á Júpiter había mucha distancia. Si comparamos unos hombres con otros, no se hallará ninguno que haya sobresalido en las ciencias, en la política, en los grandes inventos de las artes y que haya transmitido su nombre glorioso á la posteridad, sin que una frente espaciosa le adornara; en tanto que desde la medianía hasta los

grados mas inferiores del idiotismo, vemos que las inteligencias se demarcan por la progresiva disminucion de las partes superiores anteriores de la cabeza. Y así con todo el rigor de la lógica diremos: puesto que las facultades reflectivas de la inteligencia no se dan sin que existan las circunvoluciones superiores anteriores del cerebro, que su mayor ó menor energía está en razon directa de su desarrollo, que se trastornan con sus afecciones, como lo prueban las autopsias cadavéricas, y aparecen y desaparecen en el hombre vivo cuando se comprime esta parte, como se ha visto en las heridas de cabeza con pérdida del cráneo; los órganos de la comparacion y de la investigacion de las causas son estas circunvoluciones.

Continuando Gall su exámen comparativo desde el último grado de la escala animal hasta el primero, vió que en el pólipo que solo digiere, no existía sino un pequeño filete nervioso; que en la rana se hallaba un ganglio á donde se dirigían todos sus nervios y que por sus circunvoluciones precedía á los tres instintos que la caracterizan, á saber: su conservacion, su procreacion y la eleccion de los lugares; que en la vívora que no solo desempeña aquellas funciones, sino que se defiende, se oculta, persigue su víctima y la mata y magnetiza, hay un pequeño cerebro con las circunvoluciones antedichas y además la de la astucia y la de la destruccion. ¡Y cuánto no se diferencia este cerebro ingrato y tan solo para la destruccion constituido, de los cerebros nobilísimos del perro y del orangutan donde se halla un bosquejo de las circunvoluciones mas elevadas del hombre y del elefante! Entre los unos y los otros se hallan los de los peces y los de las aves que tambien entre sí se diferencian: el mas ligero exámen hace ver la disparidad entre el cerebro del halcon, y el de la tórtola; entre el del buho y el del ruiseñor. Si comparamos el del tigre, el del leon y de todo el género félix con el del noble caballo y del tímido cabrito, el escéptico mas testarudo se convencerá de la verdad de nuestro aserto ó quedará relegado á la clase de los idiotas.

Y sin salir del mismo hombre: comparémos las partes laterales de la frente de un poeta como Voltaire con la de tantos que hacen versos entre nosotros; la cabeza de un asesino con la de un hombre virtuoso, la del orgulloso europeo con la del humilde africano.

Además en la anatomía se comprueba que cada parte del sis-

tema nervioso desempeña una funcion peculiar que con ninguna otra se reemplaza: rotos los nervios estomáticos, cesa la digestion y el animal huele y gusta; cortado el nervio acústico, nada oye, pero vé, toca y digiere: destruida la parte media é inferior de la medula espinal, quedan inmóviles los miembros inferiores en tanto que trabajan los superiores: en una palabra dividamos con Magendie el nervio facial de un lado y la rama del quinto par del otro, y el primero quedará inmóvil pero sensible, en tanto que el otro lado estará insensible pero móvil. Luego si cada parte del sistema nervioso desempeña una funcion distinta, cada circunvolucion del cerebro tiene un destino diferente.

Si funciones diversas y contrarias no pueden dimanar sino de órganos distintos, siendo la facultad de la reproduccion diferente de la de la música, esta de la de la astucia, y todas ellas de la del valor, la estimacion de sí, la conciencia, deseo de aprobacion &c.; los órganos que las desempeñan no pueden ser unos mismos.

Formado un órgano aparece su funcion: si las funciones intelectuales y afectivas se debieran á otras partes que al cerebro, ¿porqué no las vemos en el niño, donde todas las demás vísceras estan perfectamente desarrolladas? Porqué no se manifiestan sino unas tras otras segun el correspondiente desarrollo de sus circunvoluciones cerebrales? Porqué existe, cuando se da aquella parte del cerebro y disminuye con su pequeñez y se altera con sus enfermedades y desaparece con su ausencia?

Si el cerebro en masa ejerciera sus funciones y solo se diferenciase en mas ó en menos segun su tamaño, el grande hombre, el regular, el mediano, el estúpido, serían en todos los talentos, en todas las ciencias, en todas las artes, grandes, regulares, medianos é imbéciles, opinion tan sencilla de resolver que injuriaríamos al lector haciéndolo nosotros. Si la auscultacion y la vision se ejecutaran por un solo órgano, no se podría ver sin oír ni oír sin ver: de la propia suerte, si una misma parte del cerebro sirviera para los colores, la música y la mímica, todo músico sería pintor y cómico, y viceversa. Si todas las facultades se debieran á un mismo órgano, no pudieran estar simultáneamente en los estados de sueño y vigilia, como sucede todos los dias en los ensueños, y palpamos en el sonambulismo.

En fin, destruida la comunicacion de cualquiera parte con

el cerebro, se acaban las percepciones á que daba lugar; cuando se irrita el cerebro, se alteran los instintos; y si crece la enfermedad, sufre la razón. No hay ninguna alteracion mental que no inmute al cerebro primitiva ó secundariamente. Las monomanías ó locuras parciales corresponden siempre á la organizacion del sujeto, y si la razon fuera una misma ó el cerebro en masa quien desempeñará sus funciones, como concebir los D. Quijotes en que abundan todos los países?

¿A qué se reducen comparados á esta doctrina tan clara, tan exacta y tan demostrada como la verdad misma, las teorías de los metafísicos? A polvo vano que al soplo mas ligero desaparece. Pero como quiera que el estudio de la inteligencia del hombre y de los modos con que ha ido desarrollándose hasta dar con la verdad, es de la mas alta importancia para el filósofo; revisaremos rápidamente las teorías con que durante muchos siglos se satisfacieron los metafísicos limitados y los mas eminentes, dejando para otro artículo las opiniones de los médicos y su modo de valuar las facultades que atribuían al cerebro.

Los filósofos, encerrados en su gabinete y partiendo del exámen superficial de hechos que desconocían, se entregaron á generalizaciones prematuras y establecieron un sistema por el cual dividían las facultades intelectuales en dos órdenes: el entendimiento y la voluntad. Por aquél entendían la capacidad de recibir las ideas, reconocerlas, combinarlas, juzgar, raciocinar &c.; y por esta, la de ser afectado agradable ó desagradablemente, de desear, de querer y de obrar en consecuencia. Pero el imperio de la voluntad que es tan notable porque es obedecido con la rapidéz del rayo, hizo meditar sobre su actividad que no pudo atribuirse á la materia, y así se entrevió la idea del ser inmaterial que la gobierna y que se llamó *espíritu, alma, Siquis*. Pero no podían negarse á los hechos, pues veían que sus derechos se perdían cortando la cabeza; y se conoció entonces la existencia del principio inmaterial en el cerebro. Como había órganos cuya accion no se podía desconocer, porqué faltando un sentido se perdía una serie de ideas, y careciendo de dos se notaba mayor imperfeccion en la inteligencia; se dijo que los sentidos eran los ministros de Siquis que estaba en el cerebro: así hubo un soberano y ministros. Pero viendo que uno sentía de una manera diferente de otro, y los dos no se parecían á un tercero, se dividieron y subdividieron las operaciones del espíritu.

llegándose hasta establecer facultades, aunque siempre indiferentes de los órganos.

Los filósofos griegos fueron mas adelante é intentaron dividir las acciones del cerebro y de los sentidos, teniendo las ideas como debidas á estos y admitiendo que el cerebro obraba algo en aquellas. Llegó Platon y dijo: *Las ideas son todo, forman el universo entero; vienen de Dios, y son el modelo del conjunto de la creacion*: así las ideas que habían venido por los sentidos, se transformaron en tipos de los cuerpos; pretendiendo que existían desde la eternidad en el seno de Dios, quien las había realizado formando objetos sobre su modelo. Las ideas fueron para Platon el fenómeno principal, tenían su sitio en el cerebro, y todas eran innatas; pues cuando el hombre creía recibirlas de las impresiones esternas, solo tenía una reminiscencia.

Aristóteles, discípulo de Platon, dijo que las ideas admitidas por su maestro, son en el hombre anteriores á todos los conocimientos, pero no innatas; que llegan por los sentidos y se imprimen en la inteligencia que compara á una tabla rasa: pero él mismo no quedó satisfecho y admitió pasiones que venían del exterior y trastornaban la regularidad de las impresiones recibidas. Todavía menos se contentaron los platónicos, quienes reconocían que con las mismas ideas todos los hombres no obraban del mismo modo, y desde aquellos tiempos se vió que había una disposicion innata para tales ó cuales ideas. Los sectarios de Platon la colocaban vagamente en el espíritu, y los de Aristóteles en el espíritu que existía en el cerebro.

Las ideas resultan de la accion de los cuerpos materiales en el cerebro por el intermedio de los sentidos. El mismo Platon tomó los modelos en estas especies de acciones, cuando pretendió que las imágenes se habían creado en un principio y que se habían formado los cuerpos conforme á ellas, lo mismo que un escultor hace un muñeco de cera para formar luego una estatua.

Mas como los filósofos sentían en sí mismos impulsiones indefinidas que los guiaban á esta ó aquella accion, dieron tambien el nombre de *ideas* á estas fuerzas desconocidas y las miraron como *innatas*: las compararon á las que habían servido para explicar los fenómenos intelectuales, y el amor, el odio, todas las pasiones y gustos, se comprendieron bajo el nombre de ideas; y como no hay en el mundo exterior, ni odio, ni amor, ni compasion, ni admiracion por la virtud, ni repugnancia al crimen, se

fundó la teoría de las ideas innatas, aunque se tuviera la idea por la imagen del objeto, y faltaran objetos que las representasen. En tanta confusión, unos pretendían que todas las ideas venían de los sentidos; y los otros que todas eran innatas. Los Platónicos admitieron tres almas en el hombre; la *vegetativa*, la *animal* ó sensitiva y la *racional*. Pero después Bacon no reconoció sino la *racional* que era la fuente del entendimiento, de la razón, del raciocinio, de la imaginación, de la memoria, del apetito y de la voluntad, y la *sensitiva* que engendraba el movimiento voluntario y la sensibilidad. Casi lo mismo pensó Maine de Biran: pero Bacon no estaba por la metafísica; quería que no se satisficieran con las nociones comunes para los raciocinios, sino que se observase la naturaleza y se multiplicasen los experimentos para dar nuevas bases á lógica.

Descartes trató de reformar la filosofía: comenzó por dudar de todo excepto de su existencia personal, su única realidad, fundada en el sentimiento del *yo*. "Yo Pienso, dijo, luego existo," y antepuso el *yo* á las ideas, á las inclinaciones &c.; reconociendo sin embargo que hay ideas que llegan al individuo, es decir al *yo*. Su *yo* distinguió: primero ideas *adventicias*, llamadas así porqué vienen de los sentidos; segundo ideas *ficticias* que el *yo* forma con las adventicias, y tercero *disposiciones innatas* que se refieren á los sentimientos de que hemos hablado. Descartes conserva el error de llamar ideas no solo á las pretendidas representaciones de los objetos externos, sino también á los juicios que son sus ideas ficticias; y hasta cierto punto también á las disposiciones innatas.

Locke dió dos orígenes á las ideas; los sentidos y la reflexión. Pero se vió obligado á reconocer las inclinaciones y la voluntad, que estan separadas de las ideas y que no pueden ya ser sino cualidades del *yo*. Las ideas propiamente dichas habían perdido mucha parte de la importancia que se les concedía con Platon y Aristóteles, que eran ideólogos exclusivos. Según el último, las ideas eran el elemento del pensamiento y había llegado hasta decir que todo consistía en el pensamiento, y llamado á Dios el *pensamiento del pensamiento*. Todo lo subordinaba al pensamiento alimentado por las imágenes, que consideraba como *especies reales* que representaban los cuerpos. Cuando llegó Locke se había adelantado mucho, pues se distinguían las *ideas que son imágenes de los cuerpos*, de las *ideas innatas* que representan

otras inclinaciones, y además las *ideas facticias* que no son sino otro juicio, y en fin el *yo* que todo lo percibe.

Una consecuencia espantosa dice Broussais se deduce de aquí. No siendo ya las ideas de los cuerpos *especies reales*, como las había hecho Aristóteles, sino imágenes simples de los cuerpos existentes en el entendimiento y percibidas por el *yo* que no puede estar en relacion con los cuerpos mismos; se pone en duda la existencia del mundo exterior que no tarda en negarse por los escepticos, y el *yo* de Descartes *que es su única realidad*, queda solo en el hombre, luchando con las imágenes ó ideas que amolda y transforma de mil maneras sin llegar jamás á la certidumbre. Tal es la consecuencia de la teoría de las ideas radicales tomadas en las sensaciones y aplicadas después á los sentimientos é impulsiones internas. No se podía salir de la duda sino por el misticismo, diciendo: "á pesar del todo, debemos de creer en la existencia de los cuerpos, porque Dios la ha revelado." Sentencia que se refutaba replicando que la revelación no tenía mas certidumbre que lo demás, pues solo llega al hombre por las palabras ó escritos de los profetas y apóstoles, que tambien son cuerpos."

Se hace tanto ruido con esta palabra *yo* que juzgamos de la mayor importancia hacer algunas esplicaciones. Comenzaremos por definirle, y estudiar su sentido. Seméjante á la voz *naturaleza* que se aplica á tantas cosas, el *yo* significa el alma, ó la facultad instintiva que produce el deseo de satisfacer una necesidad, una abstraccion y tambien por la cual el hombre se clasifica en la creacion para distinguirse de los otros objetos. En el primer sentido el *yo* no perjudica á la doctrina frenológica, pues está jamás ha intentado negar la existencia del alma: en el segundo, viene á ser el alma animal de Platon, abuso de palabras que es inútil criticar en el estado actual de la ciencia: en el último, es donde podemos hallar algunas dificultades. Dicen los metafísicos que el *yo* es un conocimiento innato que tiene el individuo de su propia existencia y que por eso un hombre se distingue de otro. Otro tanto le sucede al perro, al caballo y animales superiores, pues ninguno se confunde con otro de su especie. Creemos que esto solo resuelve la cuestión; pues si es un conocimiento que tienen algunos animales; no hay en él ningún misterio, sino un efecto de la organización: es sentirse sintiendo. ¿Como llega el animal á conocerse? — Por las facultades receptoras, y las sensaciones internas. El ve que los objetos exteriores chocan en sus

sentidos y producen diversas impresiones: al mismo tiempo tienen necesidades que le originan sensaciones diferentes á las que aquellos ocasionaban. Sea ejemplo la sed: esta sensación intensa que produce la ansiedad, no se calma sino con la bebida de un líquido. La primera sensación era indefinible para él, mas la satisfacción de su necesidad le produjo un placer que comenzó á disfrutar desde que el líquido tocó sus labios; y al punto infiere que él, esto es, sus necesidades, son diferentes del objeto que las satisface. El animal no es pues sino un conjunto de necesidades que se indican por el dolor y se satisfacen con placer. Pero así como goza con la bebida, goza con el alimento, con el calor, con los olores suaves, los sonidos armoniosos, el brillo de los objetos: y al notar estas diversas impresiones, las clasifica porqué tiene el órgano de la individualidad y todas las facultades receptoras que su sensibilidad pone siempre en contribución. Se señala á sí mismo instintivamente, esto es, sin darse razón del porqué lo hace. El mismo M. Cousin, que es el filósofo que ha apreciado con mas exactitud el desarrollo de la inteligencia, dice que el hombre adquiere instintivamente el conocimiento de las cosas, porqué sus facultades entran en ejercicio sin que su voluntad lo determine. El niño toma el pecho sin conciencia; llora obedeciendo á una sensación que le martiriza, y no concibe; instintivamente se alegra con los colores vivos y se entristece con los pardos; caracteriza el color del mismo modo que distingue á su nodriza entre las otras mujeres. Así concibe la espontaneidad. Pero si distingue á su nodriza, no debe por el mismo hecho caracterizarse á sí mismo y ser llevado á hacerlo por sus instintos innatos y no por un elemento particular llamado *yo*. Pero se dice: el *yo* es mi voluntad; es una cosa distinta de mi cuerpo. ¿Y qué es la voluntad? preguntaríamos. — La resolución de satisfacer un instinto, combatido ó no por otros. ¿Y como se elige? Comparando la distintas impresiones, calculando el bien y el mal que nos resultará. En este caso la voluntad es el acuerdo de la razón; debido á las facultades reflectivas: por consecuencia, la frenología explica el hecho satisfactoriamente y el *yo* no presenta nada de extraordinario: no puede ser una entidad, ni una fuerza: es solo un efecto. El distinguirse la inteligencia del cuerpo, que es otra de las acepciones de la palabra *yo*, es lo mismo que distinguir la mano de uno, de su propio pie, el ojo derecho del izquierdo; en una pa-

labra, es distinguir el cerebro que piensa, de los otros órganos que no piensan. Y esta misma separacion de las operaciones del cerebro, de las de los otros órganos; manifiesta la diferencia y primacia del sistema nervioso. ¿Quien dirá: *yo no soy mi cerebro pensando*? Un golpe, una esquirra, una compresion, una fiebre, le demostrarán al punto que su conocimiento del *yo* aparece y desaparece con la accion cerebral y que es uno de los fenómenos mas sencillos de la inteligencia.

En fin, se dice que el *yo* no es la inteligencia. Entonces no será sino una pura abstraccion, igual al movimiento considerado á parte y distinguido del cuerpo en que se halla.

Continuemos ahora el exámen de los filósofos.—Kant reconoció tambien las ideas representativas de los atributos de los cuerpos que eran los únicos que podía comprender; pero estudió con especialidad los motores de nuestras acciones. Dijo que el hombre no había nacido solo para aprender, saber, enriquecer su espíritu con los conocimientos adquiridos por las ideas; sino que tenía impulsiones internas que llamó *virtualidades* ó *leyes eternas*, de las que algunas nos inclinaban al bien, á lo justo, á lo bello &c. “¿Pero donde las colocaba? dice Broussais? En el *yo*, en el alma? Dios lo sabe! Ninguna region de la materia nerviosa, ninguna víscera se designa en este sistema nebuloso de metafísica donde se entrevea la verdad y se pierde en las hipótesis: todo está vago, indefinido, confuso. No obstante divisamos uno de los escalones que señalan los progresos de la filosofía hasta el punto culminante en que la frenología nos ha permitido establecer aquella ciencia sobre bases sólidas y en relacion con nuestros conocimientos.”

Condillac, esta inteligencia superior que brilló como una antorcha en el siglo próximo pasado, que ha recibido tan ponderados elogios como críticas injustas, quiso reducirlo todo á la *sensibilidad*. Deslumbrado como Descartes que doblegaba el *yo* á su albedrío, en lugar de tomar el fenómeno abstracto de este por punto de partida, se valió de la sensibilidad física para fundar su sistema. Y ciertamente, sin la sensibilidad, ni el hombre conocería la naturaleza, ni su propia existencia. Pero esta sensibilidad es un instrumento, es el conductor que trasmite á todas partes las impresiones externas ó internas, es la funcion de cierta clase de nervios; mas no es, ni será nunca el pensamiento, ni ninguna facultad; todavía menos podría engendrarlas. M. Cousin,

discípulo de la escuela escocesa, no ha podido ó no ha querido pesar en su justo valor su sistema, ni deslindar lo cierto de lo falso que contiene: al combatir la formación de las facultades por la sensibilidad, ha usado de argumentos inespugnables, pero no se ha servido ni de una sola idea que le toque en propiedad; todas las ha tomado de los frenologistas, como puede cualquiera satisfacerse leyendo estos autores. No negamos que victoriosamente arruinara también el sistema de los signos, y gracias á esta parte y á la hermosura de la traducción, le dimos lugar en nuestra obra, aunque en muchos otros puntos diferamos de modo de pensar, advirtiéndole sin embargo que hasta en esto de signos no son suyos todos los argumentos que emplea. ¡Pero cuantos errores sobre la voluntad! Esta que no es otra cosa que un fenómeno intelectual y no una potencia creadora de las facultades, ¿ser la que produce el lenguaje? La voluntad es la que da su chirrío á los pájaros, su balido á la oveja, su voz al hombre? El hombre habla porque tiene el órgano de las lenguas y un alma divina que dirige sus acciones y eleva sus facultades á un grado superior á las de los brutos; no porque su querer le crease. Pero como las nuevas ideas toman crédito y bastan para hacer su crítica; nosotros nos alegramos de ahorrar el tiempo que gastaríamos en refutarle. No negamos por esto la excelencia de algunos de sus rasgos, de los que se encuentran muchos en su crítica de Helvecio; y al mirar la lógica y la elocuencia de su palabra, lloramos la ceguera del amor propio que impide á los que han sido maestros tornar á la escuela cuando otro mas sabio que todos ellos, les ofrece sus lecciones. No culpamos los individuos: ceden sin conocerlo á un sentimiento que puede mas que sus facultades intelectuales; y no á todos ha cabido en suerte una organización capaz de superarle.

Vemos á M. Cousin gastando sus fuerzas intelectuales en revivir un sistema que en los antiguos tiempos de Platon se pudo llamar divino, que Condillac humanizó y que la Frenología ha entregado á la gangrena. Dejémosle evaporarse en las últimas convulsiones de la sicología que ya se contenta con "la *sensibilidad* que transmite al alma la acción de los objetos exteriores, la *actividad* que hace que el alma se asimile esta acción, y en fin, el *entendimiento* que á virtud de leyes y principios que le son propios, transforma la sensación en verdadero pensamiento." manera ingeniosa de espresar cosas incomprensibles, pues com-

Pietamente se ignora el cómo se une el alma con el cuerpo; y el entregarse á estas teorías, es querer penetrar con nuestras imaginaciones en los arcanos del eterno. ¡Desgraciada la ciencia que solo se compone de palabras! Mas valiera en lugar de decir *que le son propios*, confesar paladinamente que todo esto lo ignoramos.

Pero ya que estamos en la escuela de Edimburgo que es la que mas se ha aproximado á la verdad, permítaseme explicar su teoría. Hutchezon, Reid y Dugald Steward, pretendieron fundar la filosofía en el sentido comun. ¿A qué, dijeron, sepultarse en abstracciones nebulosas, donde es tan fácil perderse al examinar los fenómenos que presenta la moral del hombre? Qué tienen de comun las imágenes de los cuerpos, con el amor, el odio, los sentimientos de lo bello, de lo grande, de lo sublime, de la justicia, de la virtud, de la beneficencia, de la veneracion, de la admiracion &c.? Estas palabras existen en todas las lenguas: todas las naciones las han adoptado: por consecuencia representan emociones, impulsiones ó nociones generalmente sentidas y admitidas. El origen de los fenómenos que señalan, no está suficientemente explicado: esta es la falta. ¿Y no podremos concebirlos tomándolos por fenómenos primitivos, impulsiones espontáneas que traen consigo la conviccion y hacen la duda imposible? Hallamos la prueba, añaden, en la creencia de los pueblos, todos los cuales les dan el mismo nombre. Les faltó asiguar órganos á los fenómenos admitidos.

Estos son los sistemas filosóficos que precedieron á la doctrina de Gall. Compárense sus bases en que se apoyan y se convendrá con nosotros en que no se han fundado en el estudio de la naturaleza: se ha temido degradar al hombre comparándole con los animales, á pesar de que se note lo que tienen de comun y que solo nos diferenciamos en la excelencia de nuestra razon que puede elevarse hasta el conocimiento de Dios, para lo cual nos dió un alma y un cuerpo á su semejanza.

Pero no fueron los filósofos de buena fé los que mas trabajo dieron á Gall. Tuvo que luchar contra la ignorancia, y no solo contra la ignorancia desprevenida, sino contra la ignorancia armada de la astucia y con la máscara de la hipocresia. Le culparon de que su sistema arruinaba la existencia del alma y el libre albedrío. Veremos destruida en el tercer artículo esta acusación.


SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

Novelas

Y NOVELISTAS FRANCESES

HASTA EL SIGLO XVIII.

N el reinado de Hugo Capeto, 987, los romanceros que estaban sepultados en la Galia Narbonense, por otro nombre Septimania, que fué su cuna; desde que salió del estado tenebroso en que el yugo visogodo la había sumergido, principiaron á florecer y á desparramarse. Confundiéndose el *romance* con la ya corrompida lengua del Capitolio, con el galo, franco, y tudesco; dió su nombre á las consejas de los trovadores escritas en rimados versos, y cuyo principal carácter era la sencillez. En 1001 Constanza, mujer de Roberto, Rey de Francia, trajo muchos trovadores provenzales, que muy estimados vieron en sus filas á Guillermo IX, á Raymundo último conde de Provenza, y á los de Anjou, de Tolosa y Flandes, á Alonso II y Pedro III reyes de Aragon, á Federico III rey de Sicilia, al del fin de Auvergne y á Ricardo *Corazon de Leon* poeta y músico, y á otros muchos y muchas de gran valía, como Beatriz, condesa de Provenza, la condesa de Die &c. Sus poesías eran romances, serventecios, novelas, cuentos, querellas amorosas &c. A fin de la cuarta décima centuria, la mala conducta de los trovadores, y la perfeccion de las artes y de la lengua, hizo que aquellos, ya envilecidos, mas sirvieran de carga que de instruccion al estado.

Los manuscritos de las antiguas obras poéticas no alcanzan sino escasamente al siglo oncenno, y entre las primeras se cuenta la de Guillermo IX y luego las de Bernardo Ventadour: Arrancado después de los conventos el arte de escribir, crecieron las luces con la multiplicacion de los libros. Las *novelas*, que principiaron tal vez al mismo tiempo que el *romance*, fueron hechas en verso, y se sacó el sujeto de las historias griega, romana y santa, como se puede ver en las *Tres Marías*, de Juan Vinette, que puesta en prosa se imprimió por primera vez en el décimo este siglo. La novela de Alejandro hecha en el duodécimo, tiene por autor otro de su nombre, el cual dedicándola á Felipe Augusto la hizo en versos de doce sílabas, que los franceses en memoria de aquel llaman Alejandro. La novela de Bruto es una crónica fabulosa de los reyes de Inglaterra: trata del rey Arturo, los caballeros de la mesa redonda y del profeta Merlin, 1155. La del Ron, como la anterior, tiene la de los antiguos reyes de Normandía. La Caballería dió origen á muchas novelas: con todo, la famosa de la Rosa, poema alegórico del arte de amar, es del décimo tercio siglo. Juan de Meun publicó la historia y cartas de Abelardo y Heloísa. Se hicieron muchos poemas sobre la caza y hay una novela de los Pájaros, por Grace de la Vigne, limosnero del rey Juan, de la cual ha sacado muchas cosas en su Espejo de Febo, y Gaston de Foix, 1350.

Tambien hay muchas obras escritas sobre los caballeros andantes y los torneos: éstos comenzaron segun la historia, en 812 con motivo de la paz que siguió á la guerra desoladora de Luis el germánico y Cárlos el calvo, nieto de Carlo-Magno; pero no se hicieron estatutos hasta 1066. El último torneo que se ejecutó en París cuando Enrique II hizo la paz con Felipe II, costó la vida al primero, porqué se clavó en un ojo una astilla de la lanza de Montgomery capitán de la Guardia Escocesa, que con él jugaba. Luis XIV perfeccionándolo todo, dió fin á los cuentos de la Caballería.

Entre las novelas históricas se cuentan algunas bastante divertidas y curiosas: la historia de Catalina de Francia, reina de Inglaterra; la de Germania, por Foix; la Secreta del condestable de Borbon; la relacion histórica y galante de la invasion de España por los moros; la historia secreta de Borgoña; la de Margarita de Valois hermana de Francisco I.^o, y con especialidad la de Juan de Borbon, príncipe de Clarency, la

amorosa de las Galias por Bussy-Rabutin, la Sátira de las gentes distinguidas de la corte de Luis XIV, y la de Gonzalo de Córdoba y Numa Pompilio, de Florian. Después de la Francia, la España es el país que mas novelas ha escrito sobre la caballería, las cuales se han traducido é imitado en el otro y viceversa. Esta nacion grave y naturalmente caballeresca y apasionada á las novelas y á la vida de los santos, redujo á ellas en los principios su literatura, hasta que el inmortal Cervantes hizo su nunca bien ponderado D. Quijote.

Descubierto por último, el Arte de imprimir en 1440, Francisco I.º en 1515 le generalizó en Francia, protegió las letras y premió los sabios. La novela pastoral de Urfé muerto en 1625, y que intituló Astrea, fué muy afamada por tener un carácter distinto de las demás; pero hablan en ella los pastores como pulidos cortesanos.

Francisco Rabelais.—Nació en Turaine 1483 y murió en 1553. Es el que mejor ha dado á conocer el modo de pensar, la erudicion, usos y costumbres del tiempo en que vivía; mas ya es difícil comprender su estilo, y como sus personajes nos son totalmente desconocidos y á veces es grosero y bufon, no le apreciamos como antiguamente.

Scarron.—Pablo: nació en París en 1610 y murió en 1660. Alegre, vivo y agudo, se casó ya baldado con la señorita de Auvigné, después marquesa de Maiutenon. El pudor apenas se respeta en sus obras, y de cuando en cuando es chocarrero. Aunque tuviera mas facilidad que ingenio para la poesía, aun se lee con placer su *novela cómica*, y en sus epístolas hay un estilo bastante elevado. Dos de sus piezas, Jodelet y Don Japhet, aun se representan.

La señorita de Scudéry.—Nació en Hávre de Grace 1607. De los 94 años que vivió, los 60 los pasó en escribir versos de los que suelen acordarse en Francia, y 40 volúmenes de novelas que nadie lee. Se llevó con su discurso sobre la Gloria, el primer premio que dió la Academia á la elocuencia. Ha hecho otras muchas obras.

La señora de la Fayette.—Son sus novelas el espejo de las gentes honradas, y fué la primera que habló de la virtud en estas obras y describió con gracia aventuras naturales, como en la Zaide: nunca se ha pintado con mas delicadeza el amor combatido por el deber, como en su Princesa de Clèves.

La Condesa de Murat.—Enriqueta Julia de Castelnaud: nació en París en 1671 y murió en 1716: se la llamó una de las musas francesas. Su novela *Los Duendes de Kernosi*, tiene ingenio y facilidad: sus cuentos de las hadas son tan atractivos como pueden serlo, y ha versado agradablemente en algunas picesitas, como en el *Placer*.

La señora de Villedieu.—María Catalina Hortensia des Jardins: nació en Alençon en 1632 y murió en 1683. Se dice que escribió sus novelas con una pluma tomada de las alas del amor, lo que es demasiado. Sus obras principales son: los desórdenes del amor, los Anales del galanteo, los desterrados de la Corte de Augusto y los amores de los grandes hombres.

Fenelon:—en su *Telémaco*, que es juntamente novela y poema épico, ha dejado lucir todos los quilates de su ingenio, y la sabiduría de los antiguos filósofos. Compuesto para la instrucción del Delfín, es un espejo de gloria para el príncipe y de felicidad para el pueblo. Prohibida en un principio y no publicada en total hasta 1717, sirvió después para la educación de los príncipes.

Hamilton.—El conde Antonio: cuentos y novelas. Nació en Irlanda en 1646 y murió en Saint-Germain en Laye en 1720. Estuvo en Francia después de ajusticiado Carlos I.º: volvió á Inglaterra con Carlos II, y la dejó para siempre de resultados de la revolución, con Santiago II. Pasa por escritor amable y original: su estilo fácil y ligero: tiene el tono del gran mundo, y no hay cosa mas natural y elegante que su carta en prosa y verso al conde Grammont. Se distingue entre sus cuentos *El Bélier*, *La Fleur-d' Epine*, las Memorias de Grammont, que de todos los libros frívolos es el mas agradable é ingenioso: narra bien en verso como se vé en sus *Quatre Facardins*.

Le Sage.—Todas sus novelas son preciosas. *El Gil Blas* es tan bueno que los españoles no conciben como un extranjero puede haber conocido y hablado tan bien de sus usos y costumbres y creen que es traducido, lo que es tan cierto como ser esta obra mejor que el *Quijote* como algunos franceses imaginan. *Le Diable Boiteux*, es imitación de nuestro *Diablo cojuelo* de Guevara. Después siguen el *Bachiller de Salamanca*, las nuevas aventuras de D. Quijote, *Guzmán de Alfarache*, *Estevanillo ó el mozo de buen humor*, y la *Balija hallada*, con las cartas de *Aristenette*.

La Señora Tencin.—Claudia Alejandra Guérin de—nació en Grenoble en 1681 y murió en 1749: su novela del sitio de Ca-

lais es defectuosa por los muchos personajes, los episodios, la complicacion é inverosimilitud de varios acontecimientos; pero tiene muy buenos retratos y mucha sensibilidad. Las Desgracias de Amor, dicen que es su misma historia. Las memorias de Cominges y las aventuras de Eduardo II, le son muy inferiores. Su estilo es en general fácil y propio del asunto; su narracion clara, y sus reflexiones naturales; cortas y juiciosas.

El Abad Terrason.—Juan:—nació en Lyon en 1670 y murió en París en 1750. Le han comparado á Lafontaine por su genio y afectos. El *Sethos* es una novela moral como el *Telémaco*, y se halla el retrato perfectísimo de una reina de Egipto. Su traduccion de Diodoro de Sicilia es estimada.

Montesquieu.—Su templo de Gnido es casi un poema en prosa donde pinta el primer amor. Su estilo es tan vario como figurado; pero le critican la division de artículos terminados como madrigales.

La Señorita de Lussan—nació en París en 1683 y murió en 1758. A pesar de lo bajo de su cuna, recibió muy buena educacion. La prolidad y á veces la negligencia, es la falta de sus novelas: escribía de prisa, pues vivía de sus obras, que eran á un tiempo históricas y fabulosas. Las mejores de todas son las *Anécdotas* de la corte de Felipe Augusto, que algunos piensan es hecha por el Abad de Bois-Morand, aunque publicada en 1733, bajo el nombre de aquella.

Marivaux.—Pedro Carlet de:—nació en París 1688 y murió en 1763: sus primeras piezas fueron para el teatro. Hay en sus obras pinturas fieles del corazon humano, y es el primero que en sus novelas hace hablar al simple ciudadano, al lugareño &c. su lenguaje, siendo el primero que los sacó á la escena: su única falta se reduce al demasiado estudio de su estilo. La Harpe hace de él una crítica demasiado dura. Sus mejores novelas son la vida de Mariana, y el *Paisano Parvenú*. Es autor del *Filósofo indigente* y del *Farlamon*.

La Señora de Graffigni.—Francisca d' Yssembourg d'Happoncourt, hija del conde:—nació en Nancy 1694. Se casó con el conde de su apellido y murió 1758. Sus *Cartas peruanas*, novela crítica, con diction sencilla y elegante, patética, algo metafísica y falta de naturalidad en algunos casos; le dieron fama y nombre de literata. La novela, *El mal ejemplo*, que produce tantos vicios como virtudes, y su pieza en 5 actos, la hija de Arístides; han sido

muy criticadas. La otra en 5 actos llamada Cénie, está escrita con mucha delicadeza.

El Abate Prévot.—Antonio Francisco—nació en 1697 y paseándose solo en el campo de Chantilly el 23 de Noviembre 1763, le dió un ataque de apoplejía de que volvió enteramente al abrirle el cirujano que por orden de la justicia indagaba la causa de su muerte; pero ya la herida mortal estaba dada y solo vivió el tiempo necesario para ver el cruel aparato que le rodeaba y el modo con que le quitaban la vida. Era de buena familia, Jesuita en un principio y después militar, arrojó sin pensarlo á su padre de lo alto de una escalera, de cuya caída murió, por socorrer á su querida próxima al parto y á la que su padre fuera de sí quería agolpear. Taciturno y tenebroso desde entonces, sus muchas novelas tienen el carácter del autor. Tres veces mas se hizo religioso. En el Haya hizo imprimir las Memorias de un hombre de calidad retirado del mundo, que así como la historia de Cléveland, hijo natural de Comwell, tiene muchas bellezas y faltas. Los caracteres estan bien formados y sostenidos, la dición es pura, los afectos nobles y naturales, pero tienen muchos por menores y demasiadas reflexiones morales. Aunque llena de absurdos su segunda novela, el Dean de Killerine y muy prolija, divierte é interesa. La historia de Margarita de Anjou, reina de Inglaterra, es una mezcla de ficciones y de hechos históricos. Fué muy afamada la del título: Una Griega moderna. La del caballero de Grioux y de Manon Lescaut, son en las que desarrolla todo su talento; pero la última puede hacer una impresion peligrosa en la juventud familiarizándola con el vicio y el lenguaje de las pasiones. Las Memorias de un hombre honrado, es mediana, y las de Mr. de Montcalm, conteniendo la historia de la guerra de Irlanda, es muy fabulosa. Ha escrito y traducido prodigiosamente. Su historia general de los viajes desde principios del siglo XV, se ha compendiado y continuado por La Harpe. El Por y Contra, es un diario de las obras que se publicaban: se halla allí su retrato, hecho por él mismo, y es lástima que su pluma guiada por un ingenio superior no se empleara sino en novelas.

Duclos.—La mejor de sus novelas es la llamada Confesiones del Conde de *** Después siguen: la historia de madama de Luz, y Acajou que tienen buen lenguaje y excelentes retratos.

La Señora de Gomez.—Magdalena Angélica Poisson, hija de un comediante, nació en París 1684 y murió 1770. Escribió

mucho para vivir: así la mayor parte de sus obras son medianas. Pero sus *Journées amusantes* y las *Cent Nouvelles nouvelles* son muy agradables.

El Abad de Voisenon.—Claudio Enrique de,—nació 1708 y murió 1775. La Historia de la felicidad, aunque frívola, instruye y divierte. Esta y sus dos comedias *Mariages assortis* y la *Cocquette fixée* son las únicas que tienen algun mérito entre sus obras.

Crebillon hijo —C. P. Jolyot: nació en París 1707 y murió 1777. Una inglesa no diría que leyó sus novelas; tanto ofenden el pudor: tienen igualmente poca accion, variedad. Las mejores son los Enagenamientos del corazon y del ingenio: y sus cartas de la Marquesa de *** Tenzai y Néanardé no valen nada, mas por sus alusiones satíricas fué el autor á la Bastilla. El Sofá, alguna vez licencioso, contiene las aventuras de Richilien bajo el nombre de Mazulim. No conocía el mundo, y sus otras novelas nada valen.

El conde de Tressan.—Luis Isabel de la Vergne,—nació en el palacio Episcopal de su tio Obispo de Mans 1705 y murió en 1782. Se ocupó en su vejez de abreviar y corregir las antiguas novelas de que hizo una coleccion, que ha hecho mirarlás con el interés que se merecen. Allí se halla la novela de la Calprenède, autor de las ya olvidadas Casandra, Cleopatra, Sylvandro y Fararmond, cuyo mérito consiste en sacar á la escena multitud de personajes de intereses distintos que marchan juntos hácia un mismo desenlace.

Voltaire.—Sus novelas son ficciones divertidas ó agradables donde todo huele á espíritu filosófico, llevado alguna vez al estremo. Este hombre cuyo carácter no era propio á las ciencias matemáticas, ni á las críticas razonadas; sabe escribir de un modo que complace aun cuando no se piense como él. Brilla en sus obras la sensibilidad.

Juan Santiago Rousseau.—Novelas.—En 1761 publicó su nueva Heloísa, llena de bellezas y de faltas. Todos tienen un tono exagerado y no hay grados que los caracterizen: siempre se vé al autor en las cartas de Julia y de Saint Preux. Hay cartas que arrebatan por la naturalidad de la pasion; pero á la mejor, le sigue una paradoja, una fria digresion ó una crítica estéril. Julia es un compuesto de ternura y piedad, de grandeza de alma, de naturalidad, de pedantismo y sulamería. Usa de frases y dice desde el principio cosas, que una mujer muy experimentada y

pervertida solo puede conocer. La carta sobre los duelos y la que trata del suicidio, son obras maestras de lógica y de elocuencia. En 1762 publicó su novela sobre la educacion, ó el Emilio. Con muy pocas variaciones sería lo mejor establecer su plan. Si Rousseau no ha sido siempre virtuoso, nadie ha dado á conocer tan bien como él el mérito de la virtud. Su tercer volúmen está lleno de objeciones contra el cristianismo y quiere con todo que Emilio sea cristiano. La obra fué condenada por el parlamento de París, y su autor perseguido, anduvo errante hasta que el amigo de Federico II, lord Marshal, le dió un asilo. Contestó al Arzobispo de París defendiendo su obra, y esta carta tan lógica y elocuente debe leerse con prevencion, porqué se hallan las paradojas al lado de las verdades: es un sofisma como aquellos que tan bien Rousseau hilaba. El Levita de Efraím en cuatro cantos y en prosa, que él llama poema; tiene cosas que encantan, aunque el sujeto disguste. Los tres primeros cantos los hizo en el camino cuando huía de Montmorency. La obra titulada *Rousseau, juicio de Juan Santiago*, es un diálogo entre el autor y un francés en el que aparentando hablar contra sí mismo, defiende sus escritos; mas no ha dicho todo lo que otro pudiera decir y así no habla de los cosas que era difícil resolver. Los *Reveries du Promeneur solitaire* no tienen sino pocas ideas: trata de probar que hizo bien en dejar sus hijos en las casas públicas destinadas al socorro de los niños abandonados; pero en sus Confesiones ser econoce culpable. Las aventuras de Milord Eduardo, son casi una continuacion de la Nueva Eloísa. *Hubiera tenido mas opinion de virtuoso si nunca hubiera hecho sus confesiones*. Su estilo es de lo mas elocuente que se conoce en francés, es un estilo suyo propio: le pueden ganar como metafísico; mas como escritor, tiene pocos rivales. Es cierto que alguna vez le falta buen gusto y delicadeza, y sus esprecciones ó ideas suelen ser desagradables.

La Señora Riccoboni.—María Juana de Mézieres, de Laboras:—nació en París 1714 y murió en 1792. Fué cómica y sus mejores novelas son: Cartas de milady Catuby, las de Fanny Butler, la historia del marqués de Cressy, Cartas de Adelaida de Dammartir condesa de Sancerre á Mr. el conde de Raucé, y las de Isabel Sofía La Valière á Luisa Hortensia de Canteleu. Casi todas tienen filosofía, sensibilidad, correccion, é ingenio; y solo por defecto, los epítetos, las exclamaciones y las reticencias tan abundantes en sus escritos, que fastidian.

El Abad Barthélemy—Juan Santiago:—nació en Cassis en 1716 y murió 1795. Este filósofo anticuario publicó infinitas memorias perfectamente redactadas, y en 1788 sus viajes del jóven Anacarsis en Grecia, que le consumieron 30 años de estudio: aun no se preveía la revolucion francesa, pero el suceso sobrepujó las esperanzas del autor. En su introduccion da un bosquejo tan exacto como interesante de la historia de los griegos, y aunque no tan elocuente como Boussuet, no le falta elevacion é interesa por sus reflexiones y por el modo de presentar los hechos. Ha sido criticado el plan de la obra, pues no se necesitaba el aspecto de novela para interesar: de aquí resulta que en las discusiones hay poca crítica, profundidad y filosofía, y que en vez de hallar un juez ilustrado se vé un panegirista de la antigüedad. Si hubiera dividido en épocas su historia griega, sería mas fácil su estudio y el mandarla y retenerla en la memoria. Alguna vez le falta por la misma causa, fuerza y precision; pero en cambio está escrita con elegancia y al alcance de todo el mundo, aunque nada se gane con estar las discripciones en boca del jóven Anacarsis. Cuando se disolvió la Academia, aquel templo de Vesta donde se conservaba el fuego sagrado de la literatura y erudicion francesa, el 8 de agosto de 1793, por órden de la convencion nacional, habiendo aquella tenido por Socios todos los grandes hombres de que hemos hablado; se hallaba Barthélemy á su cabeza.

Marmontel —Juan Francisco:—nació en Borta 1719 y murió 1799. Grande hombre contemporáneo y amigo de Voltaire, se retiró del mundo cuando la revolucion, é hizo muchas obras útiles, tales como una retórica, un arte poética y una lógica para el uso de los jóvenes. Principió por escribir tragedias que no agradaron porqué no se veían en ellas los movimientos impetuosos de un alma trágica ni la elocuencia de las pasiones, que faltan en Dionisio el tirano, Aristómenes, Cleomena, Cleopatra, los Heráclidos y Egipto. Mas no fué así en el teatro italiano con sus bellas óperas, el *Huron*, *Lucile*, *Silvain*, *Zénire et Azor* y *l' Ami de la maison*. Para la grande ópera, hizo á Céfalo y Procris, Acanto y Céifa, Rolando, tragedia lírica, Penélope, Dido, Antígona, los Sibaritas y Demofon; pero las mejores y las únicas que él puso en la coleccion de sus obras en 1787, son Dido y Penélope. Sus cuentos morales, de lo mas selecto en su género, circulan por todo el mundo; pero hay algunos cuyas gracias convenían en tiempos antiguos, y le faltaba al autor el talento de agradar en to-

dos los siglos; y en otros hay poca pasion y movimiento, con discursos mas elegantes que naturales y poca variacion de caracteres. Sus cuentos le entretienen como un trabajo serio, no le distraen como caprichos de la imaginacion; así suele ser monótono tanto en los afectos, como en el modo de espresarlos. Todo es sencillo, patético y magestuoso en el principio de Belisario y allí dó el encanto y la accion de la epopeya arrobaba el espíritu, no se halla al fin sino un tratado de politica: no pudo igualar el Telémaco de Fenelon. Sus nuevos cuentos morales, hechos en una edad mas avanzada, pintan las costumbres con rasgos mas fieles que en sus primeros ensayos. Ofreciéndole el nuevo mundo una pintoresca perspectiva, y acontecimientos propios de la epopeya, hizo *Los Incas*; mas se acobardó su ingenio con empresa tan tamaña. Su estilo es noble, elegante, numeroso y estudiado, cuadros bellísimos, buen gusto é imaginacion; pero el plan es malo y al autor le faltó audacia. Los artículos que compuso para la Enciclopedia, son sus obras maestras.

Madama Cottin.—Nació en Burdeos en 1773 y murió en París en 1807. Dotada de una imaginacion vivísima y de mayor facilidad para esplicar sus ideas, se complacía en la soledad escribiendo los pensamientos que la ocupaban. Nadie ha penetrado tan bien los secretos del corazón, ni explicado la pasion con mas verdad. Sin objeto alguno, tomó la pluma, y ella misma se admiró de haber hecho así su Clara de Alba, buscadísima y censurada novela. Después hizo la Malvina no tan apreciable; luego la Amalia de Mansfield tan notable por su plan y composicion; seguidamente la Matilde, donde se ven tres caracteres maestramente trazados, y por último la Isabel; toda sensibilidad.

Mr. Chandlerlos de Lactos.—Hizo sus amistades peligrosas cuyo menor defecto es pintar como costumbres del siglo, la conducta de 20 libertinos á la moda, y de mujeres malas que se creen muy ingeniosas por haber erigido el libertinaje en principios y hecho una ciencia de la depravacion. Groseros artificios, horriblos absurdos y atrocidades asquerosas; mirad el fondo de estas decantadas amistades peligrosas. La terminacion de la novela no es mejor que el principio; mas el pobre ingenio del autor acudió á las viruelas y á los pleitos para salir de su galimatías. Ojalá nunca esta obra caiga en manos de la tierna é inesperta juventud. Horror á su autor, y compasion á sus lectores si no saben huir de los errores que contiene.

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

El Lugareño en la capital,

O SEAN

LOS CHASCOS DE MI POBRE ABUELO.



QUE que ya el viejo desengañado en un momento de mal humor ha puesto al público en la confianza de todos sus secretos, sacando á la vergüenza hasta sus propios defectos; no ve razon porqué deteniéndose en sí mismo, é interrumpiendo aquella intimidad de familia, tan felizmente establecida entre él y sus lectores, ó si se quiere, por un respetuoso miramiento hácia la memoria de su difunto abuelo, tenga que condenarse á la mutilacion de una parte de su historia, que si no la mas bella, es la que le dará mas positivamente á conocer. ¿Y quien no se complacerá en predecir por en medio del invencible encogimiento del jóven provincial y la inafectada rustiquez de sus modales, al áspero y grotesco memorialista de la Cartera? El carácter primitivo del hombre es como la señal de Caín, ó la marea de Redgauntlet que se lleva constantemente en la frente y nos hace aparecer lo que fuimos, ó deja traslucir lo que seremos andando el tiempo y cuando nos sople el viento próspero ú adverso de la fortuna. A un observador feliz y perpicaz nunca hubiera escapado, sobre el rostro del jóven oficial de artillería que acampaba en las playas de Tólon, aquella aureola de gloria que después decia ceñir las sienes del conquistador de la Europa, del primer capitán del siglo;

Pero dejando al héroe, cuyas colosales dimensiones bastantes por sí solas á llenar el panteon de la historia, perderían si me tocara delinearlas; y volviendo á un objeto mas proporcionado á la medida de mi capacidad, me permitiré tomar con mis lectores aquel tono de íntima familiaridad y de llaneza que no desdice entre personas que ya son conocidas, y á quienes todo se ha confiado hasta sus debilidades mas secretas. Y si alguna vez me repitiere, ó la necesidad me forzare á llamar su atencion sobre mis antiguas narraciones; espero que me continúe su indulgencia en pago de mi sacrificio y por consideracion á mi edad, que se arroga el privilegio de ser verbosa y cansada al estremo.

Si *mi retrato* no ha sido enteramente olvidado y aun se conserva alguna aunque débil memoria de mí, se recordará que en la conjuracion de mi abuelo y de mi madre contra el mezquino parecer de mi buen padre, este fué, como era natural, vencido y tuvo que ceder por la fuerza á la imperiosa ley que le impusieron, separándome de su lado, á pesar de su estremo dolor, para enviarme á la capital donde contra su voluntad debía seguir la carrera de los estudios. Recordarán tambien que fué mi abuelo, verdadero autor del pensamiento, el encargado de mi persona, á fin de que custodio de tan sagrado depósito, me sirviese de guia y no me abandonase hasta dejarme de una vez instalado en esta plaza. Se ha visto como no obstante sus años supo llenar su comision y el partido que sacó de las antiguas relaciones que le unían con su amigo el procurador.

Pero mi abuelo no fué tan feliz en este viaje como lo fuera en otros anteriores: había envejecido y con la edad parece que perdía al mismo tiempo las gracias que hacen amable la juventud y el hábito del mundo que la recomiendan y la atraen el prestigio del favor. En lugar de aquella dulce flexibilidad que en tan dichosa época de la vida nos hace siempre gratos y nos proporciona en el mundo una acogida protectora; era como todos los hombres de su edad, poco complaciente y severo; enemigo jurado del inocente placer de la moda, rigorista censor de las costumbres actuales, y no menos ciego apasionado de las que reinaban en los tiempos de su mocedad.

Con estos antecedentes sobre el carácter particular de mi abuelo, y si el lector, apurando su memoria se digna recordar que nuestro punto de partida era precisamente uno de los pueblos del interior, que así se aparta de los refinamientos de las grandes

ciudades, como estas se hallan distantes del lujo y la ostentacion de la corte; no le será muy difícil suponer cuan bella ocasion ofrecería á los chascos que el habitante de las provincias se haya condenado á sufrir por su adverso destino, siempre que la curiosidad, ó los negocios, sacándole de sus penates le llevan á la orgullosa capital. Sobre mi pobre abuelo y sobre mí cayeron como un diluvio tropical que le arrancaron mas de una vez en la vergüenza de su dolor aquella amarga y sentida exclamacion con que me manifestaba su estrañeza: "ya esta Habana no es la misma que yo habia conocido; se ha vuelto diferente de la que antes era."

Mi abuelo no era del partido del progreso en cuanto á modas y atavíos. Aunque pudo pasar un tiempo por lo que nosotros llamaríamos ahora un verdadero elegante de aldea, después de su último viaje á esta ciudad, emprendido casi al promediar el siglo, pues se habia fijado respecto de ellas en el *statu quo*, y su gusto anticuado ya casi le hacía mirar en nuestro propio suelo como al representante, vivo trasunto ó momia desenterrada de los mal apuestos elegantes de aquella época. Colocado en este punto de parada, y oriundo del pueblo mas refractario de cuantos se conocen en la isla en todo lo que toca á innovaciones de cualquiera naturaleza que sean; es de presumir que nuestro traje por mas que nos esmerásemos en componerle, adaptándole á la moda reinante, debía parecer un siglo por lo menos mas atrasado que el de la capital; no teniendo nada de estraño que á la aparicion de dos figuras tan discordantes como lo eran las nuestras en medio de los petimetres de la época, fuéramos mirados entre ellos como un verdadero anacronismo.

Persuadido mi abuelo del papel que tendríamos que representar y de que por lo comun en el mundo la consideracion se mide por el efecto y la impresion de una primera entrevista, desde la salida de nuestro pueblo tuvo buen cuidado de prevenirse para sí con los mejores vestidos de su armario, y consintió en que yo fuese grotescamente disfrazado por el sastre mas elegante de la aldea; así no bien hicimos nuestra entrada en la capital ambos nos apresuramos á lucir, él por su parte sus enmohecidas y vetustas galas, y yo mis mas rústicas modas provinciales. Mal pergeñados uno y otro se adornó mi abuelo con su enorme casaca de paño azul, de faldones colosales, su chupetin de seda bordada, el calzon de portañuela, y sus zapatos ferrados que ceñían

de suela á suela unas muy relucientes hebillas del mas pulido acero; y yo vestí mi frac de brillante tornasol, desairado y sin gracia, ajustado sobre el pantalon de pié que me subía hasta el cuello, y desgraciaba miserablemente mi persona, mucho mas ridicula si se quiere por el mal corte del chaleco prolongado y sin arte, el pésimo gusto con que llevaba puesta la corbata y el desmañado abotinamiento de mis enormes y redondos zapatonos.

En este fantástico atavío que no desdeciría de un baile de máscaras en dias de carnaval, nos dirigimos mi abuelo y yo por las calles mas concurridas de esta ciudad á hacer nuestras primeras visitas de bien venida. Al comenzar nuestra escursion, aquel para tomar mayor importancia, que diese cierto aire de gravedad á su figura, rompió la marcha y con la mas imperiosa voz de mando me obligó á seguirle, cruzando yo mis brazos de que tampoco sabía que mejor empleo hacer; y ya festejando él con una mano su bordada pechera, ya metiendo la otra en las profundas faltriqueras del chupetin, sin que por eso llegara á encontrarles nunca el fondo; nos encaminamos en silencio hacia el punto de nuestro destino.

Nuestro aspecto estravagante y caprichoso, aquel porte y andar descompasado que denunciaban á mil leguas nuestra aldeana procedencia, excitaron la risa universal de cuantos nos veían, ya paseasen como nosotros las calles impelidos por la necesidad de sus negocios, ó bien hiciesen el papel de espectadores asomados á las puertas y ventanas de sus casas. A las risas y rechiflas se siguieron las zumbas y propósitos burlescos, de modo que al acercarnos á la casa de nuestro buen amigo el honrado procurador, se había aumentado prodigiosamente el séquito que nos acompañaba con signos manifiestos de un inmoderado regocijo y con no menos curiosidad que si llegáramos de regiones desconocidas, ó fuéramos alguna especie rara de animales nuevamente descubierta.

Tanta petulancia y descortesía, tan inusitado género de hospitalidad, amostazó á mi abuelo, que remirándose nada encontraba en su persona capaz de justificarla, chocándole tanto mas este extraño proceder, cuanto mas acostumbrado estaba tambien á otro miramiento entre los vecinos de su aldea. Comenzó por preguntar muy políticamente: ¿qué se le quería? y como la turba de los que nos rodeaban prorrumpiera á esta sencilla pregunta de su parte en un *crescendo* de risas y una explosion de agudezas

salpicadas con el insulto: de viva el espantajo! la tradicion del siglo pasado, el palurdo guilopo, el hidalgo de Medellin! montado en cólera y tan indignado como ciego por el ultraje con que se le trataba, ya estaba pronto á volver injuria por injuria y corregir las demasías de estos inhospitalarios habitantes, cuando dichosamente para nosotros y la seguridad de nuestras personas, avistamos la casa del amigo donde nos dirigíamos, á cuya inmundad nos acogimos, yo trémulo y avizorado, y mi abuelo enfurecido y no como en otro tiempo el criminal que huía de la justicia, sino para salvarnos de la injusticia que nos perseguía.

Se sabe ya lo que pasó en aquella conversacion y como la buena voluntad del amigo procurador supo allanarlo todo para que yo quedase instalado en su casa, y que realizando el voto de mi familia, y lo que se llamaba mi vocacion, pudiera desde luego consagrarme á los estudios. El latin que el dómine de mi pueblo me había enseñado, era al que se aprendía en esta universidad, como este imita al de Ciceron y del Mantuano, es decir como una caricatura semeja al rostro de una vírgen de Rafael, ó como el guirigay de un bozal de Angola puede parecerse á la bella habla de Cervantes. Aunque mi procurador no era el mas fuerte en este ramo de literatura, ni tuvo jamás inclinacion muy decidida á cultivar el rico idioma del Lacio, acordándose de las primeras lecciones de su juventud; al breve exámen que hizo de mis conocimientos en esta parte, se penetró de la necesidad absoluta de rehacer mis estudios, y así lo declaró muy formalmente á mi abuelo, empenándole al mismo tiempo para que anticipando lo que él llamaba mi iniciacion, ocurriese en persona á presentarme á mis nuevos maestros.

Yo temía ver renovada por segunda vez á nuestra salida la algarada insolente y estrepitosa de que acabábamos de ser el blanco, y á la que si por entonces logramos escapar sanos y salvos, casi por una especie de milagro, juzgaba prudente no esponerme otra vez: pero tuve que vencerme y seguir á mi abuelo que no queriendo perder tiempo y deseoso de utilizar mis buenas disposiciones, se encaminó de la casa de su amigo á la que había cesado de ser la de los Jesuitas y es ahora Colegio seminario de S. Carlos. Prevenidos por el recuerdo de la dolorosa escena de que fuimos pacientes actores, y fresco todavía en nuestra memoria aquel reciente contratiempo, mas moderados que al principio, preferimos para conducirnos á nuestro destino las calles

mas escusadas y en que por lo mismo presumimos encontrar menos afluencia de concurrentes. Nuestro cálculo nos salió por esta vez mas acertado, y ya sea á causa de esta justa precaucion, ó porqué las hubiéramos entonces con gente meno alegres y tentada de la burla, ello es que escapamos maravillosamente, á merced de algunas sonrisas mal difrazadas con que á veces se nos festejara. Pero al avistar la no muy limpia portería del colegio, cuyo greguesco frontispicio no pertenece á ningun orden conocido de arquitectura ¡Ira del Señor! se desató esta contra nosotros como un torrente despeñado, y poco faltó para que hubiésemos dicho con razon: aquí fué Troya y el término de nuestro viaje y de sus mas animadas esperanzas, muertas en flor antes de esparcir su oloroso perfume.

Quiso la fatalidad de nuestra desventurada estrella que al enfrentar con el colegio á donde nos dirigíamos con paso acelerado por la calle del Tejadillo, nuestra llegada coincidiera con la hora en que salían tumultuosamente de las clases todos los concurrentes de las aulas. Reprimido su buen humor durante las lecciones, no parece sino que les vino como llovida nuestra inesperada aparicion, ofreciéndoles bello campo para el mas borrascoso desahogo. No bien nos descubrieron, cuando por salutación entonaron una escandalosa gritería tal como si hubiesen columbrado á una vision del otro mundo, ó á un diablo escapado del infierno: de pronto aquel tropel nos rodea y mirándonos alternativamente al nieto y al abuelo, nos insultan de mil maneras, nos miden de arriba abajo, tiran de nuestros vestidos; y continuando en su confuso y discordante clamoreo, nos siguen en procesion á la misma portería. Al llegar aquí se abrieron en dos alas perfectamente simétricas y en metódica formacion, como un ejército que dá paso á un general victorioso para ser coronado en el capitolio; ó vencido para arrojarle de la roca tarpeya. Yo iba cosido á los faldones de mi abuelo y este reventaba de cólera y arrugando sus espesas y pobladas cejas lanzaba miradas furiosas sobre toda aquella comparsa muchacil, que para hacer mas completa nuestra estraña mistificacion, nos acompañó haciendo coro, y entonando aquellas canciones con que se acostumbra correr en un bautismo detrás del miserable que se atreve á ser padrino.

Sorprendidos los catedráticos con tan escandaloso tumulto, se acercaron á la galería para informarse del motivo que le causaba. Ayudados con su autoridad y la voz imperiosa del Rector,

logramos al fin desprendernos de los que nos agobiaban, y llegando al punto en que estaban aquellos reunidos, mi abuelo que casi ni podía articular palabra, tal era la fuerza de su indignacion, esplicó como pudo el objeto de su malhadada visita; y después de recomendarme con la mayor ternura á la benevolencia del que de entre ellos debía encargarse de mi educacion literaria: „espero, le dijo al terminar, que mi nieto al menos aprenderá á vuestro lado otra cortesía muy diferente de aquella de que esos pilluelos han querido darnos pruebas en el torpe y brutal recibimiento con que hemos sido festejados al entrar como huéspedes inofensivos en esta casa de enseñanza.” El catedrático se mordió los labios y deshaciéndose en excusas nos condujo hasta dejarnos con entera seguridad fuera de aquel recinto fatal.

Yo experimentaba entonces un tormento de una especie singular y que poco faltó para que me desterrase de una sociedad en que había tenido antes tantos deseos de aparecer. Hubiera querido desde luego refugiarme en mi casa para no volver á salir mas de allí; pero mi abuelo que era infinitamente mas terco que yo y á quien habían picado tantas contrariedades y mi tímida resistencia, sin desistir un ápice de su propósito, se empeñó en presentar personalmente en aquella mañana, para mí de aciaga memoria, las cartas de recomendacion con que los amigos de nuestro pueblo se dignaron favorecernos. Ente ellas traíamos una en particular para D. Basilio de Horcaeta, rico mercader de esta plaza, de un antiguo compañero de su juventud, que nos valió una invitacion á comer, aceptada por mi abuelo para el dia siguiente, bien persuadido por los modales francos y sin afectacion de D. Basilio de la acogida cordial que allí debía esperarnos.

Sin voluntad propia en aquella primera edad en que me hallaba, y sujeto como un turco al despotismo oriental de mi abuelo, para quien mis lágrimas fueron siempre impotentes, y no producían el efecto de la cimitarra de los genízaros, ni de la rebelion de los Ulemas; tuve al fin que resolverme á seguirle tambien este dia, arrostrando nuevamente los peligros de la calle, que ya miraba como el *pílori* donde iba á ser espuesto á las bromas de cuantos se complaciesen en vejarnos.

D. Basilio habitaba á espaldas del convento de la Merced y nosotros que vivíamos muy cerca de la hermita del Monserate, para ir á su casa teníamos que atravesar casi toda la ciudad; pero esto tampoco intimidó á mi abuelo, y sea que ya se hubieran acos-

tumbrado á nuestro porte y catadura, ó que no siempre se haya de estar para reir; el hecho fué que llegamos al lugar de la cita sin que ocurriese nada digno de contarse en esta historia. Habitaban con D. Basilio, su esposa, una hermana y sus cuatro hijos, viviendo todos en la mas perfecta comunión bajo la vigilancia patriarcal de nuestro amigo. Tocamos á la puerta, y su digno propietario fué quien salió á recibirnos: lo hizo con las mayores muestras de agazajo y él mismo nos condujo al lugar donde estaba reunida la familia para irnos nombrando uno por uno los miembros que la componían. Mi abuelo se adelantó para saludar á la Señora, mas como midiese un poco mal las distancias, al hacer su cortesía, pisó con el pié izquierdo el dedo gótico de D. Basilio, haciéndole sufrir dolores mortales y que aumentaron mi consternación. Afortunadamente la urbanidad de nuestro huésped dispuso al fin nuestros temores y salvados del primer embarazo en que este accidente nos había puesto, corrimos á sentarnos al último rincón de la sala, siempre pegado yo á mi abuelo y formando con él una sola individualidad, y tal como si fuésemos los dos gemelos de Siam.

La buena conversacion de su esposa y la amable jovialidad de toda la familia; sacándonos de la reserva en que nos había puesto el lance anterior, volvió á mi abuelo su natural verbosidad para aventurar algunos asuntos de conversacion. Los hijos de D. Basilio que al principio me examinaron de hito en hito, familiarizándose por último conmigo, me arrancaron del reducto en que me había parapetado y me llevaron á recorrer toda la casa. Acercándonos á la mesa que servía de escritorio á su padre, quisieron reformar mi vestido; y como yo forcejase con ellos para resistirlo, en uno de los golpes que di con los codos, eché á rodar el tintero y su negro licor amenazaba teñir de luto la bella carpeta que le decoraba y á los libros y papeles que se hallaban sobre el bufete. Viendo mi abuelo correr la tinta y amenazada la mesa con aquella inundacion que yo ocasionaba, avergonzado y colérico, procuró con el pañuelo atajar prontamente sus progresos, á pesar del generoso empeño con que intentaba calmarle D. Basilio.

Se acercaba ya la hora de comer, y un criado vino felizmente á anunciar que estábamos servidos. Nos dirigimos todos á la mesa lo que hizo alguna diversion á nuestro comun embarazo. Sentado mi abuelo entre los amos de la casa, pero á tanta distancia como pudo de su plato, notando que nadie se preparase á

santiguar la comida: "Vamos, señores, dijo, parece que esta ceremonia me está destinada á mí como al mas viejo de los concurrentes; y sin esperar respuesta alguna, ni pedir otro permiso á sus vecinos, bendijo la comida y resó en alta voz la larga oracion que siempre pronunciaba en estos casos. Se sirvió la sopa inmediatamente y como por un descuido yo había colocada mi plato casi al borde de la mesa, al volverme no sé porqué movimiento inesperado, le arrojé sobre mí y quedé bañado con su contenido. Estaba caliente todavía, y como entonces no eran muy de moda las servilletas, débil dique para tanto torrente, el caldo penetró por mis pantalones llegando la impresion hasta mis piernas que yo juzgué por el pronto desolladas.

Imitando el sufrimiento de D. Basilio cuando mi abuelo le pisó el pié gotoso, me propuse tomarle por modelo, reprimiéndome cuanto pude y sufriendo con tranquilidad las consecuencias de un accidente menos cruel para mí que las risas mal disfrazadas de los mismos criados.

Mi abuelo que no era lo que en el día se llama un buen trinchador, y para quien este arte

"Quo gestu lepores, et quo gallina secetur"

nunca tuvo incentivo, ni hizo tampoco parte de su vulgar educacion; tomó á su cargo destrozar una perdiz, y como se empeñase en hallar la articulacion que siempre se le escapaba, se afincó con tal tenacidad en conseguirlo que volcó las botellas, derramó la salsa por el mantel y al cabo se desgarró bárbaramente un dedo. Una de las señoritas le pidió que le sirviera de un asado que por casualidad se hallaba á sus alcances; tenía entonces en la punta de su tenedor un pedazo de pudin caliente; y como quisiese demostrarle su apresuramiento, sin reparar en aquella circunstancia, para desembarazarse mas pronto del estorbo se le puso inmediatamente en la boca. Le fué imposible disimular por mas tiempo su tormento, sus ojos se desencajaron, su rostro se encendió, y las lágrimas se le escaparon á torrentes: se le aconsejó que tomase vino, pero como tenía la garganta hinchada y la lengua llena de vejigas, con aquel estímulo que aumentaba la irritacion, el licor salió por las narices con tal ímpetu, que sirvió de asperge general para cuantos se encontraron á su alrededor. En este conflicto y casi sin saber lo que hacía, se enjugó el rostro con el mal-

dito pañuelo que aun llevaba las negras señales recogidas después de mi total aventura del tintero, y en menos de un instante quedó disfrazado como un espantoso mamarracho. A su aspecto ni aun yo mismo pude contener la risa y nos escapamos avergonzados de la casa de D. Basilio.

Determinado ya mi abuelo á retirarse para su pueblo, y cansado de tantos chascos como hasta entonces había experimentado, no quiso alejarse de mí sin procurarme algun solaz y diversion. Yo entre todas preferí la del teatro y fuimos al dia siguiente á la representacion que se anunciaba: la noche estaba muy serena, y tambien la hora era la menos temible para nosotros. Nada prácticos en el ceremonial de estas funciones, que yo jamás había visto en mi pueblo, entramos sin tomar antes nuestros boletines. El que á la puerta tiene el encargo de recogerlos viendo que nosotros no se los presentábamos, ni dábamos siquiera indicios de llevarlos, hombre mas bien de ejecucion que cortesano, tomó á mi abuelo por los faldones y echándome á mí á la espalda:

—¡Ea buenas gentes! nos dijo, si en vuestra tierra, (porque no parece sino que á mil leguas olía nuestro pelo á la Sierra,) no se usa cobrar sus entradas á los que van á la comedia, sabed que aquí no es costumbre verlas de gratis.

—¿Y por donde adivinais, respondió mi abuelo, que no sea mi intencion pagar tambien nuestro escote?

—Mejor haríais entonces en presentarme el boletin, y no que os escapeis como una lisa.

—Mi boletin está en mi bolsa,—y luego metiendo la mano en la faltriquera y poniéndole en la suya un buen peso fuerte y muy sonante,—aquí le teneis, le dijo, y creo que el uno valdrá tanto como el otro.

—A tan sonoro argumento nada tuvo que replicar el descorés cancerbero, dejándonos seguir nuestro camino libre y desembarazadamente, aunque no sin honrarnos tambien con alguna sonrisa socarrona, que no dejó de mortificarnos.

Habíamos procurado anticiparnos á la representacion y como encontramos poca gente, tuve tiempo mi abuelo para escoger las mejores lunetas donde pudiésemos ver á los actores con la mayor comodidad. Pero nosotros no las habíamos pagado, y como viniesen sus tomadores, ó abonados al comenzarse la pieza, tuviémos que desalojarlas, ocupando otras que estaban vacías, y de

que tambien nos echaron sucesivamente, hasta que conoció nuestra ignorancia, para hacernos objeto de la pública irrisión nos arrojaron al patio donde el populacho que le llena se hacía un juego de atraernos á uno y otro lado, mostrándonos alternativamente un lugar vacío que al aproximarnos hacían ellos mismos desaparecer ocupando el intersticio. El respetable público nos silvó para mas confusion nuestra, como á uno de los malos actores que acostumbra llevar con paciencia tan desapacibles arullos; y en medio de nuestra desgracia nunca encontramos el asiento de los espartanos, ni pudimos oír la esplosion de aplausos que en el teatro de Atenas arancó la bella accion de aquellos, para que pudiéramos esclamar como el griego: "los atenienses conocen lo que es bueno, pero los espartanos lo practican."

Hechos sus últimos arreglos por mi abuelo pensó este definitivamente en su retorno, hablando á D. Basilio para que me proporcionase una módica pensión con que atender á mis gastos personales; se escusó aquel Señor con motivo de haber abandonado hacía mucho tiempo los negocios y su propósito de no volverlos á emprender de nuevo y de comenzar á vivir para sí. Un sujeto que á la sazón nos escuchaba, ofreció hacer espontáneamente este servicio á mi abuelo, y para que fuese mas completo de su parte, no exigió ninguna anticipacion de fondos que le serían reintegrados por años hasta la suma á que esas pensiones alcanzaran. Mi abuelo reconocido á tal favor le aceptó desde luego y se agotó en cumplidos, multiplicando los elogios que eran debidos á la generosidad de su improvisado amigo.

Pocos dias después pasando una mañana por la plaza Vieja, oí que nos llamaban: lo advertí á mi abuelo y entramos en la casa de donde parecía salir la voz. Era un antiguo conocido suyo que con la indolencia de un salvaje y la mas completa disolucion de costumbres, se hallaba por entonces en la mayor miseria. Encontramos allí al caballero que se prestó á anticiparme las mesadas, y mi abuelo le renovó sus agradecimientos.

—Vd. se burla, dijo él: este es el menor servicio que puede hacerse entre amigos; y viendo que nos preparamos á partir, nos anunció que estaba dispuesto á acompañarnos. A la mitad de la manzana entró en una casa, en que tenía no sé que asunto pendiente y mientras le despachaba nos rogó que le esperásemos: volvió prontamente pero con manifestas señales de un completo

mial humor. Queriendo saber mi abuelo qué causa le motivaba. — ¡Ah! mi amigo, V. no lo necesita, pero vuestro nieto es aun niño, entra ahora en el mundo cándido y sin experiencia y es bueno que aprenda á saber de quien se fia. Ayer noche me hallaba yo con el sujeto que acabo de visitar en una casa donde se acostumbra pasar el tiempo jugando; quiso probar la suerte, y por mas que le disuadí, jugó y perdió cuanto tenía. Entonces me rogó que le prestase algun dinero; y como solo llevaba doce onzas para favorecer al infeliz que hemos dejado en la miseria, no me determiné á cedérselas sin su palabra de honor de entregármelas en esta mañana. Las he venido á buscar y se me esconden; ¿no me sobra razon para exaltarme? Que pensará de mí aquel desgraciado á quien las había prometido?

— Mi abuelo entonces, en memoria de su generosidad y por una justa compensacion, le ofreció adelantarle un año de mis pensiones; “así como así tengo que darlas á V. y nada puede haber perdido entre nosotros.” Hizo al principio la mas bella resistencia, pero al fin se allanó al deseo de mi abuelo y este le entregó sus doce onzas. Al dia siguiente supo que este bribon se había alzado cubierto de otras mil deudas y tuvo que resignarse á perder su dinero. Entonces renegando de su mala estrella, se arregló en este punto con el procurador, y me dejó muy persuadido de que aquella Habana no era la misma que él había conocido, ni menos aun la de las reminiscencias de su juventud.

Quedándome yo entonces solo y sin la proteccion de mi abuelo que me sirviese de apoyo en mi natural timidez exaltada por la memoria de cuanto me había pasado; hube de considerarme como una planta exótica trasladada de su país natal á un terreno que le es ingrato y donde no la cubre ninguna sombra protectora. Indígena por el hecho de la naturaleza, pero fuera de la ley, ó extranjero por el tono y la jerga formulada de la sociedad; se creía irrevocablemente condenado á ser objeto de las risas de cuantos paseándose por las calles parece que se dan una cita pública para mirarse al rostro y burlarse recíprocamente los unos de los otros, el que es ahora,

El viejo desengañado.

SECCION CUARTA.

POESIA.

EL PASEO

POR EL TÍNIMA.

Atormentado por la pena impía
A la orilla del Tínima vagaba,
Y sus corrientes puras amentaba
Con el acerbo llanto que vertía.

“¿A donde está Mirtila?” le decía
Con débil voz que lenta resonaba,
Y el eco que de lejos me escuchaba
¿A donde está Mirtila? repetía.

De las serenas ondas de repente
Dando al aire las bellas ebras de oro
Una ninfa salió que blandamente

Enjugar quiso mi angustiado lloro:
La ví, no era Mirtila, odié su encanto.
Bajé los ojos y volví á mi llanto.

Elenco.

LA MEDIANIA.

"O vida segura de mansa pobreza,
 "Dádiva Santa desagradecida,
 "Rica se llama, no pobre la vida
 "Del que se contenta vivir sin riqueza."

Juan de Mena.

¡Feliz y venturosa medianía!
 A tí mi canto consagrar intento,
 Libre de penas, de pesar exento,
 El pecho rebozando en alegría.
 Tú serás la deidad en cuyas aras
 Queme mi númen el fragante incienso,
 Que nunca á la ambicion tributar piense
 Un solo afecto de mis dichas caras.
 No mi tranquila paz miro turbada
 Con inquietos deseos de riqueza,
 Ni me hiere tampoco la pobreza
 Con la flecha mortal envenenada.
 Que tú me sirves de potente escudo
 Contra los males del fatal destino,
 Cuando de alma virtud sigo el camino
 Por entre espinas con el pié desnudo.
 Poco me importa que la mar se altere,
 Y en crespas olas se levante un monte,
 Que de nubes se cubra el horizonte,
 Y el piloto reniegne, ó desespere.
 Que jamás confiara mi fortuna
 A un frágil leño, ni á remota tierra
 Intrépido llevara cruda guerra,
 Que no hay como la paz ventura alguna.
 Témale al viento la codicia insana
 Que cruza audaz los borrascosos mares,

Desde el puerto entonando sus cantares,
Por una sombra de esperanza vana.

De la playa natal se aparta apenas,
Cual lúgubre ataúd, mísera nave,
Y rápida volando como el ave,
De otras costas procura las arenas.

Y ya el hado terrible desde el puerto
Con su sello de muerte la señala;
Por el golfo al sepulcro se resbala,
Náufraga flota sobre el mar desierta.

Menos me afije que no rinda el suelo
Su cosecha de frutos abundante,
Que el lujo á mantener no sea bastante
El producto de un año de desvelo.

Que no por mí se afanan noche y día
Desgraciados gañanes, cuya paga
Niega el señor del fundo, y aun amaga
Con el descaro de la audacia impía.

Que abraze el campo seca rigorosa,
O que los rios con las lluvias crezcan,
Que los ganados vivan, que perezcan,
No es mi suerte mas pobre, ó mas dichosa.

Que arrase la tormenta ricas mieses,
Y ni una sola flor produzca mayo,
Que á la alta torre la derribe un rayo,
Mi fortuna no teme estos reveses.

Que eres mi dicha tú, mi placer eres,
¡Deliciosa y felice *Medianta*!
Grato don que al mortal el cielo envía,
Para calmar sus tristes padeceres.

A la Rosa de la playa.

Al mostrar una aurora dichosa
Su brillante esplendor en la esfera,
Bello honor de mi patria ribera
Un rosal entre arenas se alzô

Calmo el mar saludole gozoso,
Ledo el sol le mirô con sonrisa,

Así á veces cuando hórrida noche
 Tiende triste su fúnebre velo,
 Solitaria una estrella en el cielo
 Muestra al mundo su blando fulgor.

A su luz misteriosa un amante
 A su amada contempla estasiado,
 Ve el pudor en su rostro pintado
 Y en sus ojos el fuego de amor.

Fileno.



las lágrimas de Melisa

AL OIR LOS DELIRIOS DE UNA LOCA.

¡Que! al ver de cerca Melisa
 De esa mísera los males,
 Huye la dulce sonrisa
 De tus labios de corales!

¿Tú gimes dueño adorado?
 ¡Conqué en tí naturaleza,
 Para rendirme ha igualado
 La ternura á la belleza!

Virgen pura de Almendares
 Que á su fresca márgen brillas,
 ¡Ay! cual roban los pesares
 El carmin de tus mejillas!

Mas te embellece, bien mio,
 Esa lágrima preciosa,
 Que la perla del rocío
 A la nacarada rosa.

Mas que vana compostura
 Seduce en una beldad,
 El llanto de la ternura
 Y el blando ay de la piedad.

Yo por deberte en mis males
 Una lágrima siquiera,
 Ser de todos los mortales
 El mas infeliz quisiera.

Es el Autor, Cirilo Villaverde, natural de la Habana.

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

LA JOVEN DE LA FLECHA DE ORO.

HISTORIA HABANERA.

LIBRO PRIMERO.

AUN DORMIA.

La paix profonde et sereine imprimée par les sculpteurs aux visages des figures virges destinées à représenter la justice, l'innocence, toutes les divinités qui ne savent rien des agitations terrestres, ce calme est le plus grand charme d'une fille, il est le signe de sa pureté, rien en core ne l'a émue, aucune passion brisée, aucun intérêt trahi n'a nuancé la placide expression de son visage, est-il joué, la jeune fille n'est plus

De Balzac.

I.



CABABA de amanecer, y el tibio sol de invierno en los últimos días de febrero del año pasado, derramaba mansas olas de luz sobre los techos y campanarios de la ciudad, que comenzaba á despertar de un delicioso sueño. La zona de vapores, que cual una cinta azul de gasa ciñe el horizonte terrestre del país, íbase desvaneciendo en menudos pedazos que convertidos en otras tantas ligeras nubecillas vagaban por el cielo; y á medida que el sol se levantaba, descubría mas y mas la gran poblacion de intra y estramuros con sus arrabales en el fondo de una inmensa hoya, que la forman y circunscriben al Oeste el castillo del Príncipe, al Sud las lomas de Jesus del Monte, las áridas de Guanabacoa al Este, y al Norte las tranquilas y azules aguas del mar.

La ciudad despertaba. No es de ningun modo parabólica

esta manera de espesarnos, porque tambien las ciudades duermen y tienen una vida normal semejante á los mismos hombres que las habitan. La nuestra se hace oír por lo regular con el estrépito de sus carretones y la voz de sus campanas que la conmueven hasta en los cimientos apenas alborea la luz del nuevo día. Pero acababa de amanecer, en el que vamos refiriendo, y aun entraban y salían de sus inmensos mercados largas y perezosas recuas de mulas y caballos cargados; aun no transitaban sus sucias y estrechas calles otras gentes que los negros y negras y acaso alguno de sus amos que iban á vender ó á proveerse del sustento diario; aun no se percibía mas ruido que el de uno que otro carrete, de una que otra volante: las ciudades, á diferencia de los individuos, no sacuden tan fácilmente el sueño de una noche apacible que las embriaga bajo el peso de la atmósfera de voluptuosidad que reina en estos climas, sino después de fuertes sacudimientos.

Y si esto acontecía en los puntos mas centrales y concurridos de la ciudad por sus mercados y por sus casas públicas de comercio ó industria, ¿qué diremos de aquellos barrios relegados al fondo de la bahía, habitados de solas las personas que de aburridas ó saciadas se retiran al interior de sus hogares para descansar de las fatigas y agitaciones del comercio ó del foro, en vida muelle y reposada?—En estos barrios pues, y señaladamente en el de Paula, notable por el punto de la bahía á donde mira, por su Alameda que de todo tiene menos de alameda, y por la vecindad del teatro principal, semejante á un barco volcado,—á la hora que decimos, aun no daba muestras de vida: en solemne quietud no hacía mas que repercutir los trémulos y prolongados vahidos de la otra parte de la ciudad despierta: en vano la luz y el aire sutil de la mañana probaban abrirse paso por entre las junturas de las cerradas puertas y ventanas: las lenguas de bronce de Paula, las Mercedes y San Isidro enmohecidas y pesadas de suyo, tambien por su mudez parecían querer respetar aquella pereza y aquel grave silencio del sueño; y en consecuencia el barrio dormía.

A la parte de la bahía, por el lado de la Alameda, frontero al oriente, hay una casa de balcon con romanas verdes, de elegante y moderna arquitectura, que á la hora que repetimos de la limpia y fresca mañana, estaba, como las demás del barrio, sumida en un profundo silencio. Quebrábase los primeros ra-

yos del sol en los vidrios de algunos postigos, cuando abrieron sutilmente las puertas del salon; corrieron un poco las romanas y se pusieron en la apariencia á mirar con ahínco por entre los listoncitos, la escena que se ofrecía de golpe en suave y prolongada lontananza. Pero sin duda aquel mirar á medias y á escondidas, no satisfizo en nada al curioso; puesto que desprendiéndose á un lado y otro de repente las hojas de la romana, apareció en el balcon, en cuya baranda se echó de bruces, una mulata jóven y de lánguido ademan.—Vestía un traje sencillo de muselina de color, algo corto, dejando al descubierto sus pequeños piés metidos en zapatos de raso; cubría sus hombros un pañuelo de algodón, y su pelo negro estaba recogido atras á la usanza de las blancas con una cinta azul, cuyas puntas cayéndole á la espalda, movíase ligeras á merced del vientecillo de la tierra húmeda.

Cualquiera que hubiese pasado entonces por debajo del balcon donde ella estaba suspendida, quizá no hubiera parado la atencion en otra cosa que en su pañuelo, pues aunque de algodón, era de diversos y vivos colores; y en el abandono é indiferente manera con que se apoyaba, cuando el espectáculo del nuevo día, las torres de la villa á lo lejos, el valle de Marimelena mas cerca, el caserío de Regla con su modesta iglesia, y la gran bahía animada por toda suerte de embarcaciones, ya de vela, ya de remo, yendo y viniendo en todos sentidos,—parece que reclamaban la atenta consideracion de toda alma de buen temple; pues fuera de sus brilladores, negros y apasionados ojos, no había en su rostro, ni en todo su continente, parte que mejor la encareciese á las miradas del transeunte.

Sin embargo, á vueltas de aquella indolencia, descuido y soñolienta espresion de su fisonomía, bien se echaba de ver, que aunque no eran las torres de la antigua villa, ni la verdura del valle, ni la animacion de la bahía, ni la salida del sol, ni la frescura del aire el *objeto que la atraía al balcon* tan temprano, no había sido ociosa, ni casual su vigilancia; porqué apenas dirigió la mirada hácia el estremo Sud de la Alameda y columbró arrimado á un pilar de ella un jóven de gentil apostura, de fresco y animado rostro, que le flameaba un pañuelo blanco; enderezándose de improviso con suma alegría, le hizo con la mano izquierda señas para que aguardase, y se entró en la sala juntando tras sí las romanas.

Todo el cuerpo alto de la casa, entonces quedó cual antes cerrado. Así pues, no obstante que el sol se suspendía y le bañaba con un mar de luz, las rendijas de las puertas y ventanuas, apenas permitían el paso á un débil y pálido reflejo, mas propio para contristar el ánimo entre tinieblas, que para distinguir en lo interior los objetos y muebles regados en todo el salon sin orden ni concierto, como si en la noche pasada hubiesen servido á los convidados de una gran tertulia, ó de un suntuoso sarao. Las sillas, los muelles y blandos sillones y sofaes, las mesas y aparador de mármol, el espejo de cuerpo entero y otros objetos de algun bulto, estaban envueltos en una doble oscuridad, señal para notarlos y para no tropezar en ellos, que no se escapó á la reflección de la mulata, la que, en puntillas, semejante á una sombra, pasó por medio aquel laberinto de muebles, sin meter el menor ruido, ni recibir lesion alguna hasta la puerta del cuarto principal que abrió con mucho tiento, desapareciendo luego en las tinieblas algo mas densas que le rodeaban.

II.

Ya en el medio del cuarto, y de pié, la mulata volvía de un lado y otro la cabeza con alguna inquietud. Ni el murmullo del aire, ni el mas leve resuello de humana criatura, venían á turbar el santo silencio que allí reinaba. Estregose los ojos, y no consiguió vencer la oscuridad. Impaciente al fin de no ver ni oír nada, preocupada tal vez, acercose á la pared de la derecha, y á tientas se encaminó á un ángulo del aposento. A poco andar tropezó con las ligeras cortinas de seda de una cama; descorriólas y aplicó el oído conteniendo cuanto le era posible la respiración. La palabra "niña," que se le vino en aquel punto á la mente, hizo removerse sus labios; pero no salió articulada, y dejando caer las cortinas, retrocedió algunos pasos hácia la ventana que mira al oriente.

Recostose y quedó indecisa. ¿Qué hacer? La niña dormía profundamente y era algo temprano para despertarla, sin un razonable motivo que pretestar y que la pusiese á cubierto de una reprensión, en caso que aquella tomase á mala parte tan desacomostumado llamamiento. Pero aguardaban en la calle, los ins-

tautes eran preciosos: esta rápida consideracion la decidió á tomar un partido, el menos prudente que podía ocurrírsele, mas que por entonces, no le salió del todo mal. Abrió un postigo con vidrios, y la luz se lanzó por allí, de modo que la asustó y la hizo pestañear;—y venciendo el obstáculo de las cortinas de seda, fué á morir en la cándida frente de la jóven dormida, cual en mitad de un monte al través de apiñadas hojas, sobre el limpio espejo de un lago.

La mulata, para cerciorarse del efecto que había producido la repentina iluminacion del cuarto en el profundo sueño que en la apariencia envolvía el cuerpo de su señorina, porqué la duda y la tardanza le eran á la sazón mas que nunca insupportables, y corriendito, y en puntillas, tornó á la cama, cuyas cortinas entreabrió con una y otra mano por segunda vez, y se puso á contemplarla en éstasis amoroso, á vueltas del temor que le embargaba el habla.—Ann dormía.

El sueño con sus doradas alas, había esparcido leves tintes color de rosa por sus mejillas y su frente de nácar; temblorosa luz reflejaban sus entreabiertos ojos, los encendidos labios fingían una halagüeña sonrisa, y su lánguida cabeza envuelta en el copioso cabello castaño; blandamente sumida en la almohada y las puntas que le servían de adorno, en altas voces publicaban su hermosura y el reposo de su alma tierna y sencilla. No mas tranquilos y serenos, á fé, lucen las azules aguas de nuestros pequeños lagos al abrigo de los montes, que las ligeras formas y el cándido rostro de la jóven dormida.

En el de la mulata, que con suma atencion la examinaba, veíanse impresos los rasgos de un amor, respeto, ó admiracion tan grande, que rayaba en superticiosa; cual si fascinada por tal portento de belleza, no la creyera humana criatura, sino espíritu celeste con las formas de mujer.—No sabremos decir que ejercía mayor influjo en el ánimo débil y sencillo de esta pobre muchacha, si el ser la jóven su ama, ó el ser hermosa y estar dormida.—Aparte de que todo hombre dormido infunde respeto, lo de ama y hermosa no eran pequeños motivos para dejar de suspender y admirar á una esclava, acostumbrada á mirar los que le oprimen y mandan revestidos de todo el prestigio de la raza y del que obtiene el poder. Ello es, que interesándole des-
pertarla, mas de lo que nuestros lectores pueden figurarse, no se atrevió ni á respirar en buen rato.

Con todo, parece que de tanto mirarla, con aquella fuerza que infunde naturalmente un intenso afecto, engendró en su seno cierta virtud magnética, que trasmitiéndose de un modo instantáneo al cuerpo de la dormida, la hizo removerse y despertar luego asustada:

—¡Anacleta! exclamó.

—¡Niña mía! contestó la esclava, respirando entonces con todos sus pulmones.

—¿Que hay?

—Nada, niña.

—¿Pero que haces aquí?

—Nada: mirando á la niña, que estaba, pero qué linda! mientras dormía.

—Pues déjame, que tengo un sueño... ¿Quien abrió ese postigo?

—Yo: repuso después de un momento de vacilacion.

—¿Para qué? añadió la jóven sin dar muestras de enojo.

—Para verla, porque el cuarto estaba muy oscuro, y como la niña no respiraba siquiera, yo la creí muerta.

—¡Jesus! no digas eso. Cierra, cierra el postigo, porque no puedo sufrir la luz. Cuando esté la mesa dispuesta para almorzar, llámame.

—¡Ay! niña, de aquí á que se almuerze es medio día. Levántese su merced, y vamos al balcon, que la mañana está hermosa, como su merced dormida. Y la bahía, los barcos, los botecitos que caminan, la Alameda y las gentes que pasean... ¡Tantas cosas! Vamos niña. En cuanto caliente el sol, ya no se podrá ver nada de eso. ¡Ah! Si su merced viera el vapor que sale para Matanzas y el ruido que hace y el humo que echa por una chimenea grandísima...! Venga, venga la niña á verlo todo.

—Tengo mucho frio, dijo por último, arrebujándose con las sábanas, resuelta al parecer á no levantarse hasta la hora del almuerzo en que ya el sol debería de haberse enseñoreado de toda la tierra y extraído el hielo que deja la noche en sus entrañas.

Mas tan importuna y petulante se puso la esclava, que la ama no tuvo otro remedio que levantarse para callarla. Bien es verdad que ella le vistió, desde la media hasta el pañuelo de seda de los hombros, peinándola y poniéndola luego en pié como á un niño mimado. Ejercía, por otra parte, con tanta amorosidad y delicadeza estos oficios, que la jóven, bien que se moles-

tase interiormente, rendida al peso de cariños tales, no pudo menos de mostrarle su reconocimiento en el semblante, sonriendo y dejándose vestir de buen grado.

Cuando hubo concluido con esta tarea, prolija y municiosa en las mujeres, la llevó de la mano ante el espejo del tocador, y le dijo mas que satisfecha de su obra:

—Mírese la niña. Estoy segura que no la pone mejor ni *Panchito*. Yo demasiado que conozco que á su merced no le gusta que la levanten temprano; pero su merced me ha de dispensar por hoy, pues la mañana está tan linda que convida gente, y no podía conformarme con gozarla sola.

—¿Pero tú no sientes frío, Anacleta? le interrumpió la doncella en tono quejumbroso llevándose ambas manos primero á la cabeza y luego al cuello que contorneaban dos largos rizos bajando suavemente por detrás de las orejas hasta tocar en los hombros.

—¿De donde ha sacado la niña, ese frío que dice? Deje que le dé el sol un poquito y verá como no siente nada. En el balcon hace mas bien calor que otra cosa. Vamos. Sin embargo, puede su merced en caso de necesidad echarse una manta. Y aquí sin ir mas lejos, tiene mi señorita una tan nueva como cuando la sacaron de la tienda, pues no la usa.

—En fin, vamos, dijo la doncella disponiéndose y saliendo en pos de Anacleta que la precedía gozosa, llevándola siempre de la mano. Mas deteniéndose de repente en mitad de la sala con ligera sonrisa añadió.—¿Y si lo que me vas á enseñar no merece la pena de tomarse este madrugon, qué hacemos?

—Puede la niña darme diez pellizcos y una *galleta* de contra.

Sin decir palabra mas, siguió resuelta adelante y abrió con estrépito la puerta y romanas del balcon, en donde se asomó la jóven, apoyada todavía en su brazo como para mantenerse en pié á la vista de tan mágico espectáculo, dudosa de sus propias fuerzas.

El ruido de las calles, y la bronca voz de las campanas, anunciaban que toda la ciudad había al cabo despertado: mil suertes de pequeñas embarcaciones hendían en todos sentidos la bahía ancha y limpia como un lago; y el sol, ya sobre las cumbras de Guanabacoa, con abundantes olas de luz inundaba el cielo y la tierra, la cual pareció entonces exhalar un suspiro de placer en la mañana del nuevo día.

III.

Negli occhi eran lagrime per ogni
 infelice, nel petto, amore per ogni
 virtù, genio per ogni bello—
 Parla—Georgio Pallavicini in—carcere.

Ya sea un efecto del clima, ya de las costumbres, ya de la educacion moral ó intelectual, bajo cuyo influjo nacen y viven nuestras mujeres de Cuba (cuestion, que es bueno decirlo de paso, ya la creemos resuelta por Mr. Conte) parécenos que por lo general sacan una naturaleza especial, que les es propia, y que las distingue con mucho de las mujeres de España, Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos. Y de esprofeso no hemos querido añadir de Italia, porque si vamos á dar crédito á las relaciones de los viajeros y escritores de esta nacion, existe una gran semejanza entre unas y otras no solo en cuanto á su índole, sino tambien en cuanto á las formas exteriores del cuerpo y á la expresion característica de la fisonomía.

Parécenos así mismo, y esto no pasa de una triste opinion de escritor, que las mujeres de Cuba, como las de Italia, tienen toda la indolencia oriental en consónancia con la gracia, la viveza de imaginacion, delicadeza de formas y virtudes de las de países menos meridionales: mezcla feliz es esta de europeo y americano, que les infunde calor en la sangre, languidez en las maneras, riqueza de afectos en el corazon, sublime poesía en el alma.

Mujeres tales, que parecen puros engendros del pensamiento, nacidas de un suspiro de amor, que son como nubes que forma y desbarata el viento á un tiempo, cañas flexibles que se alzan erguidas y bulliciosas á la márgen del rio de la vida; y que cualquier soplo amenaza, bambolea, conmueve y arranca en flor. Mujeres todo espíritu, todo amor, todo poesía, que si no esquivieran espuestas al dolor, como lo estan al placer; las tomaríamos por ángeles puros, por visiones de luz, que envueltas en las ropas del mundo, ceñidas de hermosura peregrina, pasan delante de nosotros, del mismo modo que los fenómenos que enseña la óptica, tras la lente mágica de una cámara-oscura.

Señaladamente la que hoy ocupa nuestra atención, cuya vida y sucesos lamentables vamos á referir con todos los porme-

nores con que nos han sido contados, atesoraba en sí todas esas calidades y altas prendas, así físicas como morales, que tanto enamoran y atraen las miradas de los hombres. Pero desde el punto en que tomamos su historia, aun no era llegado el tiempo de que saliese á lucir á la plaza del mundo las gracias con que se sirvió el cielo dotarla: así que, es preciso convenir en que hasta entonces la fama de su belleza estaba reducida al estrecho círculo de su familia y amigos, pocos á la verdad, si se considera que su casa, dado que rica, no era de las mas visitadas de la Habana.

Bien que contase 18 años, y aunque ya desarrollada del todo, todavía su rostro como su cuerpo, conservaban aquel brillo, suavidad y blandura propias de la niñez; partes que harto pronto, por desgracia, destruyen entre nosotros las violentas pasiones con que nacemos y la intemperancia del clima bajo cuyo influjo vivimos, que en esto no se le puede negar.—Los ojos tenía azules, la nariz proporcionada y recta, la boca pequeña y encendida cual un boton, la frente ni espaciosa ni estrecha, mas levantada, como indicando que allí moraban en cierne altos pensamientos: las mejillas redondas y rojas casi siempre, la barbilla un tanto aguda, y el cabello con tales ondas y tan copioso, que ella sola no podía tejerse la trensa del tocado diario, que para esto como para cuanto se le ofreciera que demandase algun ejercicio, sus padres le habían donado desde muy niña á Anacleta, la mulata que ya conocen nuestros lectores.

Su talla era de las medianas; la cintura estrecha, redonda y suelta; sentimos no poder decir otro tanto de los piés, brazos y hombros, porque era de modo su virtud y compostura, que aun de sus mismas criadas los recataba. Pero es presumible que estuviesen en armonía con las otras partes del cuerpo, que nunca se queda mezquino el sublime artífice en la mejor de sus obras. Andaba con suma ligereza, sin meter ningun ruido, cual si no tuviera necesidad de asentar la planta sobre la tierra. Al caminar erguía la cabeza, tomando con la mano izquierda un canto de la saya, ya para evitar el roce, pues las usaba anchas y largas, ya porque naturalmente era garvosa.

Ahora bien, cuando en la mañana que decíamos, se asomó ella al balcon conducida por Anacleta, vestía una de muselina francesa, tan larga, que cayéndole en ordenados pliegues, cual si fuera de seda ó lana, no le dejaba al descubierto mas que las

estremidades de los piécesitos metidos en zapatos de raso blanco. Envolvía su cuello y hombros, (pues no hizo caso de la manta que le presentó la esclava) un gran pañuelo de seda de la India de vivísimos y raros matices, como todos los que nos vienen de fuera, que prestaban á su rostro, entonces un si es no es pálido, tintes muy suaves y tiernos, y á sus ojos un azul muy bello: semejantes en esto al mar que toma color de las nubes que pasan por el cielo. Las mangas hasta medio brazo eran ajustadas; de aquí hasta los puños mas anchas con mucho. De este modo, su talle, ya se le viese por el frente, ya por detrás, con el gracioso corpiño que le ceñía, se designaba limpio y flexible, libre del corsé; menguado recurso á que todas las mujeres acuden, siempre en vano para reducirle.

Echase pues de bruces sobre la baranda, apoyada la cabeza contra un pilar de madera que sostenía el guardapolvo del balcon, y tendió la vista por todo el variado é inmenso panorama que se le ofrecía delante y que ya hemos descrito otra vez, compuesto de agua, buques, caserío, castillo, valles, verdura y bosques, ceñido á lo lejos por las áridas lomas de Guanabacoa, de entre las cuales surgen como por magia las torres de sus iglesias y los techos de sus casas. Así permaneció un buen espacio, en la apariencia embebecida en misteriosa contemplacion. Pero volviendo de improviso el rostro hácia la mulata que la observaba atentamente de hito en hito, entre risueña y enojada, dijo:

—Vamos parlanchina, ¿donde estan todas esas cosas que decías me ibas á enseñar? donde?

—¿Es posible, niña, respondió con muchos aspavientos la esclava poniéndose ambas manos en la cabeza; que su merced no encuentre nada nuevo, ni bueno, ni hermoso, en todo lo que alcanzamos con la vista desde aquí?

—¿Qué novedad pueden ofrecerme la bahía con sus barcos tan grandes y pesados, ni las tiznadas casas de Regla, ni las lomas parduscas de Guanabacoa, ni esos castillos colorados, ni esos montes de piedras como carbon, cosas que yo puedo ver á todas las horas del dia, desde mi cuarto, siu necesidad de tomarme esta molestia?

—Ay! niña María Paulina! quien la oyera ¿qué diría?

—No diría nada mas, sino que tú eres una conversadora *sacafiestas*, que tienes un placer especial en quitarme el sueño quando me ves mejor dormida: diría que mereces el castigo que

tú misma te impusiste de los diez pellizcos y algo mas; y en fin, que no tienes tú la culpa, sino yo que liago caso de tus majaderías. Mas pase por hoy. Si tú me la pegas otro dia, consiento que me tiren de las orejas. Me voy.

La mulata, que parecía preocupada y distraída mirando vagamente ya la mar, ya la tierra en un ángulo del balcon, mientras su ama la reñía por tan poca cosa como el despertarla una hora antes de la que tuviera de costumbre; al oir sus últimas palabras, despavilose de súbito, y fué para ella corriendo, y le dijo:—¡Niña, niña, no se vaya por Dios! Mire, mire.—Y casi sin saber lo que hacía, con la una mano la sujetaba por la saya, mientras que con la otra le indicaba un botecillo, que tenía á popa desplegado el pavellon español y bajo una ligera toldilla un tostado marino con cuatro vigorosos remos, que le impelían sobre las aguas, como una flecha despedida.

A tan estrepitosa como estraña peticion, no pudo la jóven resistirse. Parose y buscó con la vista el objeto designado. Hallándole, le siguió atentamente gran trecho, hasta que traspuso el ángulo de la muralla de Paula, que fué en un instante; y luego después, cual se lo esperaba sin duda la picarilla de la mulata, los ojos de su ama que ya no tenían nada que inquirir en la bahía, cayeron de improviso sobre la Alameda, á los piés de su balcon, en donde dejamos al galan de que hablamos anteriormente, oculto tras un pilar, quien los recibió en su alma, á la manera que el espejo la imágen del que pasa ante él.

No obstante que ocultara el cuerpo, siguió atentamente todos sus movimientos y sus menores acciones: así no pudo escapársele la apatía y hasta la repugnancia con que ella cedía á todas las insinuaciones de la mulata, razon porqué llegó á mortificarse. Hubiera querido que otro cualquier motivo, por ajeno que parezca, la hubiese sacado al balcon, dado que, aunque loco de amor por la desconocida jóven, sentía en toda su fuerza el orgullo, y bien se le alcanzaba que no recabaría gran cosa de semejante encuentro. Tampoco se le escondía que el papel que iba á representar allí, era muy triste para pretendiente imprevisto; que espondría la esclava al enojo de su ama si por acaso tomaba á mal como era posible, aquel chasco; que quizá ella no saldría sola, y lo que es peor, que de propósito, adivinando el motivo de sacarla tan de mañana al balcon, no quisiera mirarle. Todo esto imaginó en su escondite; y de imaginarlo, le entró

una vergüenza y una inquietud vaga y estraña de esperarla y de no esperarla, que cuando ella le dirigió en últimas los ojos, no tuvo tiempo, ni acertó á hacer otra cosa, que levantarse un poco por delante el ala del sombrero é inclinar ligeramente la cabeza.

Tan encogido fué su saludo, que Paulina mas bien le adivinó que le distinguió á la distancia en que se hallaba. Y hubiérale excitado la risa, que era lo que precisamente quería evitar el galán, á no ser ella tan jóven, y á no haberle cogido tan de sorpresa. Pero quizá por esto, como porqué en efecto no le viese, ó porqué se ruborizase, y á un por los tres motivos juntos, no le contestó; y poniéndose encendida cual una malvarosa en puntos de medio día, no hizo mas, sino volverse para Anacleta, clavarle los ojos con aire de reconvencion, y meterse dentro de la sala precipitadamente.

Nuestro jóven entonces, descubriéndose del todo con la mano izquierda, con la derecha que introdujo á guisa de peine en los espesos cabellos negros, se los mesó lleno de cólera, y luego fuese por la primer boca-calle que se le ofreció delante. Y la mulata que veía el mal resultado (en la apariencia) de sus buenos servicios y mejores ardides, ya siguiendo al galán que se alejaba á grandes pasos, ya mirando la puerta por donde había desaparecido su señorita, apoyada en el balcón y con la mano en la mejilla permaneció un buen rato, hasta que la llamaron adentro.

IV.

Las nueve de la mañana serían poco mas ó menos, cuando en la pieza destinada para comer, que llaman aquí con este motivo *comedor*, y está regularmente entre la sala y el patio, se hallaba toda la familia almorzando. Componíase de ocho: padre, madre, cuatro hijas, inclusive la que conoce el lector, y dos varones ya mancebos.

Nombrábase el gefe de ella D. Prudencio Lafuente, hombre machucho como decirse suele, ya entrado en años, que había hecho todo su caudal á la sombra del comercio de por-menor, y que llena su ambicion, ó en mejores palabras aburrido y molino, se había retirado al seno doméstico para disfrutar en los postrimeros dias de su vida alguna paz y sosiego, tan apetecidos de quien ha visto correr los alegres años de su mocedad

en los afanes del mostrador.—Era este tal de cuerpo gentil, enjuto de carnes, algo pálido el color del rostro, ojos redondos y fijos, como de hombre memorioso; la nariz larga, la boca grande, y belfudos labios, la frente estrecha, aunque alta y limpia: señales en que por lo menos estaba indicada su honradez y franqueza, si nada decían en cuanto á entendimiento y otros dotes de este orden. Su vestir sencillo, compuesto y limpio, lo mismo que el arreglo de su casa, no decían menos en favor de sus buenas, llanas y candorosas costumbres.

Su mujer, que nombraban D^a Dolores Guzman, era mas bien de las pequeñas que de las altas; algo gruesa, roja, de azules y vivos ojos, espaciosa frente, la nariz corta y un si es no es arremangada, los labios agudos, todo indicando un carácter alegre, decididor y picante. En sus adornos así del traje como del tocado, como en las maneras, se notaba algun abandono ó indolencia, contrariedad manifiesta de su marido, muy mirado en estas cosas, mas por condicion natural que por artificio.

En cuanto á las muchachas sus hijas, hay mucho y bueno que decir, y por esto, como por otros motivillos que nos reservamos validos de la alta cualidad de autores, lo dejamos para después, contentándonos al presente con ofrecer fugitivos rasgos de la fisonomía é índole de cada una, que no faltará ocasion en que nos venga á cuento el concluir su retrato, *d' après nature* segun dicen los franceses.

Baste saber ahora que la mayor, por nombre Gabriela, alta, delgada, de rostro angular, ojos pardos y cavernosos, pelicaña y seria, ocupaba en el almuerzo la izquierda de D^a Dolores. Seguía después Carlota, hermana menor, en todo muy semejante al padre y á Gabriela, aunque de fisonomía mas alegre y franca; pelinegro y de torneadas formas. Después venia Orocía, que sacó con algunas ventajas el rostro de la madre, aunque dulce y melancólica en cuanto al carácter. Junto de esta, María Paulina, la mas jóven y linda de las cuatro hermanas, compuesto feliz de amor y de donaire, cifra de la ventura y paz matrimonial de los que le dieron el ser. Entrambas ocupaban asiento frente por frente de D. Prudencio, mientras que á la derecha de este, se veían los dos varones, los cuales por serlo, me permitirá el benévolo lector que no se los pase en cuenta, hablando en estilo de comercio.

En el ínterin desocupaban los primeros platos, no se aper-

cibía otro ruido que el de los cubiertos partiendo y llevando á la boca el alimento. Pero allá á la conclusion del almuerzo, Gabriela soltando de pronto el cuchillo con que había levantado un poco de arroz revuelto en huevo, guiñó un ojo á su madre.

—¡Si vendrá el hombre de las papeletas, dijo!

Los mas, sonrieron, entendiendo ó suponiendo que entendían la seña y el fin de la pregunta: los menos, se quedaron al parecer indiferentes, en tanto que aquella á quien se dirigía, entre risueña y maliciosa, repuso:

—Vendrá, vendrá, sí señor; que no es hombre que falte á su palabra tan así así.

—Y que me las prometió á mi desde ayer; añadió D. Prudencio en tono grave, como para encarecer la puntualidad del sujeto de que hablaban, y su suposicion para con él.

—Anoche al despedirse, agregó caudorosamente Orocía mirando á Paulina que parecía ajena aun del asunto de la conversacion, nos dijo que ya se las habían ofrecido varios socios amigos; que contáramos con ellas.

—En efecto, continuó Carlota corroborando el dicho de su hermana, pero ya tarda á mi ver.

—¿No dijo si venia á almorzar? preguntó el padre dirigiéndose á las tres de sus hijas que acababan de hablar, y echando á un lado toda duda de que pudiera dejar de traer las papeletas.

—Ahí creo que sube la escalera, dijo entonces la mulata que se apoyaba con su natural indolencia en el respaldo de la silla de Paulina, para servirla exclusivamente.

Y en efecto era así que subía por ella un hombre de baja estatura, ancho de hombros, con las piernas y piés desproporcionados, algo trigueño el rostro, las mejillas redondas, los labios en particular el inferior excesivamente grueso, la nariz corta, los ojos chiquitos y carnosos, aunque alegres; con mas, que las pobladas cejas, ocultándolos á medias, les comunicaban cierto fuego, bien que pocas veces encendidos por un pensamiento noble y digno. Además se le advertía la frente hundida, estrecha y espesa, lo mismo que la barba, y el cabello copioso y enroscado. La cabeza tenía chica y redonda, el cuello corto. Caminaba con cierto desgarbo que le era muy peculiar. Inclínabase hácia adelante, enarcaba los brazos, y á la manera del baibén ó péndulo, una vez impulsado, no contenía el paso hasta chocar con otro cuerpo de mayor fuerza que contrarrestara la suya.

Su traje no era entonces, (ni mucho menos antes) ni rico ni elegante, pues aunque traía camisa de olán con una rosa abrigantada en el pecho, reloj y cadena de oro, medias de seda y pantalon de dril blanco;—la casaca de paño negro le venía muy mal, efecto sin duda de sus anchas espaldas, é inclinacion del cuerpo; el chaleco de piqué blanco, de antiguo corte, le bajaba al estómago y le subía por el cuello de la casaca; y ultimamente, la falta del corbatin que nunca se puso, la suplía una lazada hecha con un pañuelo de seda ordinario. Olvidábaseme decir que en la mano derecha, y algunas veces bajo del brazo, sostenía una gruesa caña de indias con puño de cuerno y regatón de metal.

Su edad, al parecer, no ascendía á los cincuenta, pero tampoco bajaba de los cuarenta y cinco. Echábansele de ver algunas canas en la barba y el cabello, arrugas al rededor de los ojos y cierta torpeza en los movimientos y maneras; señales inequívocas á nuestro juicio de que se acercaba á la línea que pone una division manifiesta entre la juventud y la vejez.—En lo demás, el todo de su aspecto por mucho que no tuviese nada de buen mozo ni fino, sin que atinemos con la causa; es lo cierto, que en vez de desagradar como era de esperarse, prevenía en su favor á cuantos llegaban á hablarle. Especialmente D. Prudencio y su familia, que le conocían de época bien remota, segun luego veremos, le dispensaban franca, leal y desinteresada amistad.

El primero sobre todo, que unía al lazo de paisanaje, el de haber sido por mucho tiempo su compañero de comercio, en el que entrambos se grangearan el capital que de presente les proporcionaba vivir de una manera cómoda y agradable;—le quería como á un hermano y no esperaba menos, sino que él le pidiese en matrimonio cualquiera de sus hijas, para probarle que era su amigo verdadero.

Al asomar la cabeza por la escalera, todos ó casi todos se volvieron con risueño semblante para recibirle. Visiblemente D. Prudencio fué el que mas se alegró de su llegada; pues abandonando de golpe el cubierto sobre el plato que tenía delante, en altas voces exclamó:

—Sea V. bien venido, amigo mio. Mas vale llegar á tiempo que ser convidado, dice el proverbio. Aun no hemos concluido. Con que si está V. todavía en ayunas, siéntese y haremos peni-

tencia. — ¡Muchacho! Tráe un cubierto limpio y un taburete para el Sr. D. Simon.

— Gracias, gracias repetidas doy á V., Sr. D. Prudencio, contestó en voz fuerte y afectada pronunciacion, mientras se repanchigaba en el asiento que le trajo el esclavo, y que él colocó junto de Paulina y Orocia. — No soy tan caballero que almuerze á las diez de la mañana. A las ocho poco mas ó menos, ya estoy yo despachado. Es verdad que mi almuerzo no tiene que pasar por la aduana de la cocina, como el otro que dice. ¡Es tan parco....! Redúcese á un poco de vino, asado, queso, una hogaza y alguna que otra cebollita, si lo pide el estómago.... Bien que para V. no es esto nuevo que digamos.

— Ya. ¿Con que V. siempre el mismo? — dijo D^a Dolores.

— Siempre el mismo, Señora mia. Sin embargo de que conozco mas de uno (y al decir esto miraba con aire de malicia á D. Prudencio) que cambia de método de vida y de costumbres, como de camisa: yo nunca varío. Simon Alegrías nació, y Simon Alegrías morirá. En mí se ha de cumplir aquel proverbio que dice: genio y figura, hasta la sepultura.

— Eso me gusta.

— Por supuesto, agregó él con entera satisfaccion dando un fuerte bastonazo en el suelo. La gente ha de ser así. Porqué si no ¿qué diferencia pone V. entre un hombre honrado, de fé pública, es decir que paga todas sus deudas, — y un pelagatos que muda todos los dias de vida como de trajes, de conducta como de modas?

— Con todo, Sr. D. Simon, repuso grave y serio D. Prudencio, si V. no llevara tan por el filo las cosas, yo le diría que hay circunstancias en que el hombre mas apegado á sus antiguas costumbres é ideas, se ve no pocas veces reducido, y como forzado á admitir otras nuevas, nacidas de su diferente posicion social, de sus diversas relaciones, y de las mudanzas que se operan cada diez años por lo menos, en la sociedad en que tiene de vivir. Así que, ni apruebo una variacion constante, cual las altas y las bajas de los precios corrientes de la plaza; ni me parece bien ese apego pertinaz de que V. se alaba.

— No se cure V. en salud, que puede enfermar de veras. Nada, nada, amigo mio. O somos ó no somos. — A pesar de que no fué nunca mi intencion girar contra V. la letra de cambio, y puesto que me amenaza con una protesta en forma, le digo que

ya recelo que la debe, y que no faltará quien le reclame el pago rata por cantidad.

—Ni la temo, ni la debo, como dijo el otro. Esto no es mas que ponerme en el fiel de la balanza y avaluar imparcialmente las mil causas que influyen en la conducta de los hombres. Porqué para mí no se hace dificultoso concebir la honradez y la probidad del individuo en compañía legal con la buena mesa, el buen vestido, la buena casa, y con las otras comodidades que demanda la vida de sociedad.

—Eso, eso, D. Prudencio: palabritas nuevas y bonitas, de reciente importacion, que nada dicen en la práctica. Pero por mucho que V. se empeñe en probar lo contrario, desde ahora le digo que la tal compañía que V. imagina de la honradez, (a carta cabal se entiende) con el lujo; ó quiebra á las primeras negociaciones, ó tienen los socios que separarse sin haber entrado en giro por no arruinarse del todo. Demasiado que V. reconoce esto; lo que tiene es que como se encuentra con un gran déficit y escaso de fondos, deja protestar todas las letras que se le giran.

—Voy viendo que se muestra V. mas rigorista de lo que en otro tiempo; y á fé que no lo juzgo razonable. Cuando estaba V. formando capital y conducta á la vez, ¡vaya con Dios! podía sacrificarse á la opinion de las gentes, pero hoy, que es V. rico y está bien opinado, no solo aquí sino en Europa, ¡buen disparate! No digo tampoco, que eche V. por la calle del medio y se dé á gastar y á comer cual un pródigo: nada de eso, sino que procure V. darse mejor vida, que bastante ha trabajado. Yo le confieso á V. que ha habido mucha variacion en mí, no solo en cuanto á mis costumbres, sino tambien en cuanto á mis opiniones é ideas. Dirá V. que porqué he dejado el comercio para meterme á hacendado y señor de casa y coche. No lo niego; pero no creo que esto refluya en descrédito de mi conducta ni de mi fama, si tengo alguna: pues si gasto y echo algun lujo, mis rentas, á Dios gracia, son para ello suficiente.

—La cuestion varía de especie Sr. D. Prudencio, por mas que nosotros querramos no varian, ni ceder; y hallo lo mejor que la saldemos aquí.

—Así es, dijo con leve sonrisa Gabriela ingiriéndose de repente en la conversacion que tanto ella como sus hermanas habían escuchado, en silencio sí, pero con visible desagrado; no sabemos si por parecerles ajenas del lugar, ó porqué estaba en

oposición con sus ideas sobre la materia.—Espero que el Sr. D. Simon ceda por su parte un tantico, y me conteste si sabe lo que quiero preguntarle. ¡Por fin, se hará el baile esta noche?

—Creo que sí: al menos lo aseguran muchos de los socios con quienes acabo de hablar.

—¿Pues no decían que aun no estaban concluidos los adornos del salón, y que con este motivo el baile se diferiría para pasado mañana?

—Se dicen tantas cosas, Señorita mía, que lo mejor es no poner atención, y dejarlo al tiempo descubridor de todas ellas. A bien que el plazo dado para el desengaño, es corto. ¡Así me pagaran á mí todo lo que me deben, en tan breves días como horas faltan de aquí á la noche!

—¿Ha oído V. decir si iba mucha gente?

—Aunque nada he oído, es probable que así sea; porque la sociedad es nueva, que como V. sabe se acaba de formar; la sala es nueva también; los adornos por lo consiguiente costosos y de lujo. ¡Conqué mire V. cuantas novedades! capaz cada una por sí sola, de atraer toda la Habana en cuerpo y alma.

—¿Y V., por supuesto, irá, no es así D. Simon?—preguntó de improviso, con cierto interés Paulina; la cual hasta entonces había guardado un profundo silencio.

Miráronse á la cara las muchachas, como sorprendidas de la pregunta, mejor dicho del tono con que se hizo, que dejaba traslucir ya por inocencia ó ya por descuido, mucho del interés, ó por lo menos del deseo que se le contestara afirmativamente. Hasta el mismo á quien se dirigía, á pesar de la rudeza que daba de sí su porte, no pareció menos sorprendido, y aunque satisfecho,—la confusión que le entró junto con la cortedad de su talento, no le suministraron tan á tiempo las palabras, que antes de responder no se pasara un largo rato. Al fin, algo repuesto de su embarazo, contestó.

—Si he de hablar verdad, Sta. mía, aun no me atrevo á asegurarlo; pero es mas que probable que vaya: esto es, Dios mediante.

La respuesta, que parecía fabricada adrede, y con gran trabajo por D. Simon, para satisfacer en alguna manera la curiosidad estraña y amable de la jóven, no solo no le contentó, sino que la puso de mal humor; como niño mimado á quien se le desbaratan de un solo golpe sus mas queridos caprichos. Así es que pareciéndole á él como á algunos otros de los circunstantes,

que el enojo de la joven mas nacía ya de agravio recibido en la antigua respuesta, que de verdadero interés porqué fuese al baile,—escusando satisfacciones que ni alcanzaba, ni tampoco le convenían dar allí; trató lo mejor que pudo de distraer la conversacion y desvanecer si era posible la especie. Y para ello, bajando la voz por grados y conversando con ella y con su hermana Orocia esclusivamente, se estuvo gran pieza.

Durante este tiempo, que fué largo para la hora y el sitio, Gabriela tomó la ocasion por los cabellos, tirole con disimulo del vestido á su madre y muy pasito le dijo:

—¿Le parece á V. que le pidamos las papeletas?

—No, hija mia, porqué puede suceder que no las haya conseguido, y será causarle un bochorno, sin qué, ni para qué.

—Ya V. ha oido á Orocia, que le aseguró que se las traería hoy. Y cuando él ofrece una cosa..... V. misma dice que....

—Bueno, esperemos un poco mas: nada se pierde.

—Mucho mamá; pues ya son las diez largas de talle.

—Con todo eso, es preciso que tengamos un poco de paciencia. Si vemos que se marcha sin entregarlas, ¿no una es prueba de que no las ha conseguido? Y en este caso, todavía es peor pedirselas.

—¿Pues V. no sabe que él es medio olvidadizo? Si no se las recordamos á cada rato, me parece..... Por otra parte, mamá, al verle ahí tan indiferente y descuidado, empiezo á temer que no nos trae las papeletas, á pesar de la puntualidad tan decantada..

—Tú misma te contradices á cada palabra. Ya temes que no traiga las papeletas... entonces es escusado pedirselas.

—¡Ay! no, mamita, porqué si en efecto no las ha conseguido; tendremos tiempo de buscarlas por otra parte.

—Tiempo hay sobrado de aquí á la noche. Además, que si no es él, será otro. Apuradamente que á tu padre le han ofrecido; y no solo cinco, sino ocho. En caso que D. Simon nos falte á su palabra..., callandito, acudimos á otro cualquier conocido; pues quiere tu padre que le guardemos esa consideracion.

—Está bien, V. va á ver como al fin de la partida, por andar en contemplaciones, nos quedamos sin papeletas y sin baile.

Y madre é hija hubieran continuado en su porfía, á no haberlas interrumpido improvisamente un grito casi infantil, que puesta en pié y encarnada como una rosa, dió Paulina á tiempo que arrojaba sobre la mesa, en medio de todos, un paquetero

amarillo, atado con una cinta verde; exclamando en seguida:

—Aquí está. ¿No lo decía yo? D. Simon es hombre de palabra. ¡Qué le quiero por eso!

Acudió Gabriela prontamente, que era la que estaba mas próxima, desató la cinta, desdobló el paquetero, y los cinco billetes de baile tan deseados cayeron uno á uno en el mantel, con aplauso general.

Esto y el haberse concluido el almuerzo, fué parte para que hablando, riendo y con claras muestras de gran gozo, se levantarán casi todas de la mesa y tomarán la dirección que mas les venía en voluntad. D^a Dolores, Carlota y Gabriela, la vuelta del balcon; Paulina y Orocía enlazadas de los brazos, el interior de los aposentos: mientras D. Simon, cabibajo y aturdido, clavado en su silla, no acertaba á moverse, ni á bosticar palabra. Junto con las muchachas, la madre y los mancebos, habían desaparecido los billetes; de modo que no quedaron allí mas que él, á su frente D. Prudencio envuelto en el humo que se exhalaba de su rico tabaco de la Vuelta-bajo, y dos ó tres criados, recogiendo con presura los restos del almuerzo esparcidos por acá y acullá.

[Continuará.]

ORTOGRAFIA.



A parte de la gramática que enseña á pintar con signos materiales los sonidos de la voz, que lo son de nuestros pensamientos; es sin duda alguna de mas entidad de lo que se dice á primera vista, pues no solo espresa nuestras ideas, sino que las fija, y les da una consistencia de que no es capaz el lenguaje pasajero y rápido; y si los signos han contribuido tanto para aumentar nuestras nociones y facilitar mas todas las operaciones de nuestro entendimiento, los de la escritura, que en cierto modo los perpetúan, han debido concurrir á ello del modo mas eficaz: verdad indudable á vista de los extraordinarios progresos de todas las ciencias desde la invencion de la imprenta.

Se dirá acaso que he dado demasiada estencion al significado de *ortografía*, y que le atribuyo todas las cualidades de la escritura en general; pero no me parece que puedan asignarse esclusivamente al mecanismo material de formar letras; y el arte que comprende la parte científica de esta admirable operacion, es sin duda lo que mas interesa de ellas.

Desde la publicacion de la gramática de Port-Royal hasta nuestros días, todos estan de acuerdo en que cada sonido de una lengua ha de tener su signo, pero un signo nada mas; y que cada signo no ha de representar mas que un solo sonido. De consiguiente las letras que se confunden como la *z* y la *c* en español, las mudas como la *u* de *guerra*, las dobles y compuestas, como nuestra *x* en *éxito* y la *rr* y la *ll*, son defectos é inconsecuencias tanta mas deplorables, cuanto que no hay ninguna importancia en su uso, y contribuyen á confundir gratuitamente lo que por si es sencillo y conviene que lo sen hasta lo sumo.

He dicho que no tiene ninguna importancia á menos que no se venga á hablar de la etimología sobre que tanto se ha clamado en otros países y que de hecho está destruida, porqué ¿qué palabra no se halla esencialmente desfigurada de como fué en su origen? Quién sospecharía que *Zaragoza* es una corrupcion de *Cesarea Augusta*? La sucesion del tiempo, la suavidad que va adquiriendo progresivamente el habla de los pueblos conforme son mas cultas las costumbres y los hombres mas ilustrados producen variaciones mas susceptibles de oscurecer la etimología de las palabras, que cualquiera inovacion que se intentara en ellas para arreglar su escritura á los principios de la sana ortografía.

El uso, suprema ley de esta, obliga á ellas y yo no sé si habría etimologista tan obstinado que se empeñara en escribir *Joseph* en el día, contra la costumbre general de todos los que escriben ya *José*: pero es preciso confesarlo, este mismo uso es el obstáculo mas importante tratándose de innovaciones ortográficas: en vano se probaría que su sistema era absurdo, que el que se le presentaba era mas sabio y conveniente; si lo rechazaba, todo era inútil. Entendámonos sin embargo en lo que ha de tomarse por uso: no ciertamente el de los ignorantes que ó no siguen ninguna regla ó se sujetan en fin á las de los hombres instruidos: la práctica de estos es la que debe llamarse *uso*, y es mas que verosímil que patentizando la utilidad y conveniencia de un

nuevo sistema ortográfico, sucesivamente le admitirán todos, como la experiencia nos ha hecho ver con cuanto ha mejorado la Real Academia de la lengua, sin haberse oído quejar á ningún etimologista español de que escribamos *cual*, bajo pretesto que perdemos la *q* de su derivacion *qualia*.

Yo no pretendo hablar de la prevencion con que algunos oyen toda innovacion bajo pretesto de las políticas que se han precipitado en nuestros dias y que han tenido consecuencias tan trascendentales. Esta pueril manía, pues no ha de dársele otro nombre, no es del caracter español, reservémosla esclusivamente á este pueblo que todo lo exagera, que hace poco mas de un siglo nos llamaba á boca llena *bárbaros* porque Lope y Calderon escribían comedias sin escrúpulizar en materia de unidades, y en el dia publican dramas de treinta años de duracion, y en el cual país hay literatos de los que se tienen por antirevolucionarios, que creería comprometido todo el órden social si escribiese *Francois* por *Francais* como se hacía en tiempo de Luis XIV. Désele á cada cosa su valor, porque semejante dislocacion de ideas ofrecería el mas impenetrable obstáculo al progreso de la ilustracion, y nos fijaría cuando mas en la posicion estacionaria de los Chinos que no han adelantado nada hace seiscientos años. Estas innovaciones de ortografia, no son absolutamente revolucionarias, y el que las interpretara así merecería algo mas de que se le tuviese por tonto. (*)

(*) Hace muchos años que está compuesto este artículo, y sin embargo creo que no es inoportuno en el dia.

